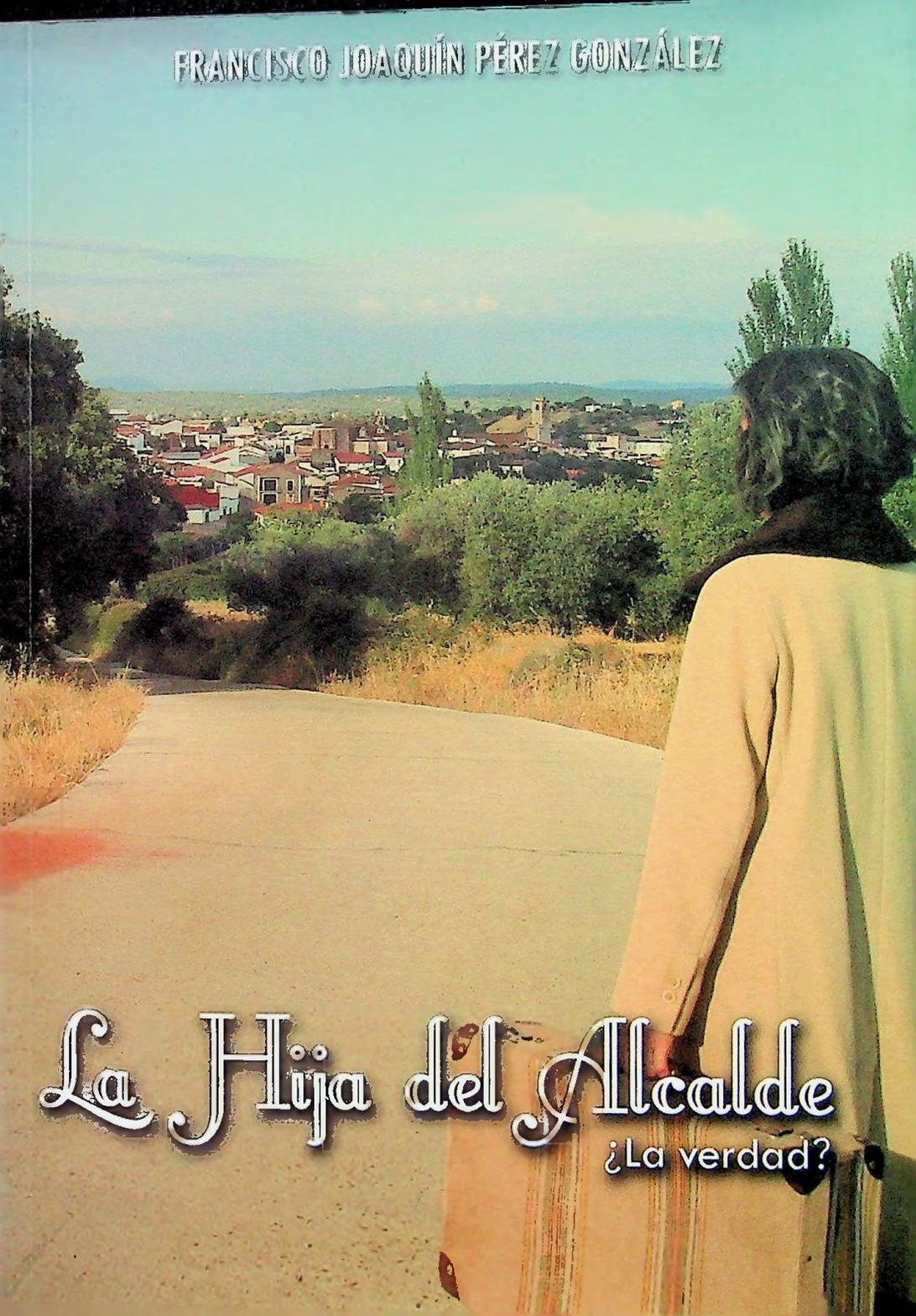


FRANCISCO JOAQUÍN PÉREZ GONZÁLEZ

A woman with dark hair, wearing a light-colored coat with a dark fur collar, stands on a paved path on a hillside. She is looking out over a town with red-tiled roofs and a church spire, surrounded by green trees and hills under a clear sky. The scene is captured in a cinematic style with soft lighting.

La Hija del Alcalde
¿La verdad?

FRANCISCO JOAQUÍN PÉREZ GONZÁLEZ



La Hija del Alcalde

¿La verdad?

© Francisco Joaquín Pérez González
Depósito Legal: BA/000341-2014
Fotografía y diseño cubierta: José Torres Navarrete
Fotografías interior: F. J. P. G.
Edita: Asociación de Mujeres "Altozano".

Este libro fue presentado el día 15 de agosto de 2014, en el Salón de Plenos del Ayuntamiento de Barcarrota, el mismo día del estreno de la película homónima.

PRESENTACIÓN

Parecía imposible que, una empresa tan compleja y arriesgada como fue la llevada a cabo el año anterior por parte de la Asociación de Mujeres "Altozano", pudiera repetirse y, si se puede añadir, aunque esto obviamente sea una apreciación personal y por lo tanto bastante subjetiva, mejorarse.

El estreno de la película "La Cruz del Altozano" supuso un antes y un después en la concepción de la cultura en nuestro pueblo y, sobre todo, en la participación popular que, en un evento desconocido en cuanto a sus posibles dimensiones, logró reunir.

Y no es baladí este logro. Barcarrota siempre, por suerte, ha destacado en su pasión por la cultura. Todos conocemos a escritores, pintores, artistas varios, que han logrado conmover y emocionar con su obra a nuestros paisanos. Decenas de libros, exposiciones, formaciones musicales, representaciones teatrales de más o menos éxito han entretenido durante décadas a los barcarroteños.

Pero la decisión de esta activa asociación de mujeres de dar un paso más, un paso ciego, al vacío, con una propuesta arriesgada, al alcance sólo de ciudades o de adinerados consistorios, hace que todo lo anterior no quede —por supuesto— pequeño, pero si complementado y engrandecido con un aporte más a la rica historia de nuestro hacer cultural.

Y como verá el afable lector o el paciente espectador, las segundas partes no tienen por qué ser malas. En esta ocasión, con la resolución imaginaria del conflicto que da pie a la secular leyenda barcarroteña, se ha duplicado el esfuerzo en todos los aspectos, lográndose, cree al menos la que esto suscribe, que al igual que la primera parte, formará ésta ya parte del acervo colectivo barcarroteño.

Dejemos que pasen los años. Veremos entonces que, aquellos barcarroteños que vivieron a principios del siglo XXI, legaron unos documentos para entonces imprescindibles. Decenas de estampas populares (etnográficas que se dice de manera más culta) han sido recogidas y entonces bien conservadas para el conocimiento de unas costumbres hoy ya desaparecidas. Para cuando nuestros predecesores disfruten de estas "cintas" ya ni aparecerán nuestras costumbres en los libros.

Y no sólo es ese el mérito de este nuevo trabajo. El mismo equipo humano que hizo posible la primera parte se ha volcado para mejorar el trabajo todo lo posible. Y eso, en una comunidad que —no aporlo nada nuevo— suele aburrirse de lo conseguido para enfrascarse en aventuras mayores o tal vez mejores, es de aplaudir.

No les entretengo más. Lean ahora el texto de donde salió "La hija del Alcalde". Saboreen cada frase, cada lugar retratado, cada personaje. Todo ello plasma el pasado de una Barcarrota que por suerte aún nos sigue siendo familiar.

M^a Cándida Alzàs Trejo
Concejal de la Mujer

A Agustina.

*La razón de estar contentos
es aquella confianza
de tenerse por discretos.
(Lope de Vega)*

I

El fin del invierno abría a Elisa el paso hacia su pueblo. Por fin, después de tantos años, cercano. El caliente aire la empujaba hacia el cobijo de sus recuerdos. Allí, al frente, estaba todo. Su infancia. Sus recuerdos. El último descanso, el perpetuo, de algunos de sus familiares más queridos. Y todo esto vigilado por las dos altas palmeras que daban reconocible silueta a Barcarrota.

Aquellos tejados rojizos que ante su vista se extendían, refugio del extremo calor y de las impetuosas aguas invernales de los vecinos, ocultaban tantos secretos, tantos misterios. ¡Cuántas vidas nuevas vinieron bajo ellos! ¡Cuántas almas lloraron por primera vez a su acogedor resguardo!

Elisa, con la maleta donde su madre, tiempo hace ya, metió sus pequeños vestidos y depositó también aquellas últimas lágrimas, le acompaña en su regreso.

Ya es tarde. Llegará a casa junto con su hija. Mañana será un nuevo día. El primero que iniciará la cuenta hacia su vital final. Elisa tiene decidido no moverse nunca más del pueblo. No está dispuesta a sufrir más pesares, a hacer de su cuerpo un hábitat perenne de dolores y tristes recuerdos.



II

Una cruel cuchillada inaugura la mañana. El sol, perezoso aún, disimula su tardanza, evitando presenciar tan sangrienta pero, a la larga, sabrosa costumbre. El último gruñido del cerdo, acompañante culinario de las penosas almas barcarroteñas, acaba de comenzar el rito imperecedero de la matanza.

Ahora el fuego, purificador, sirve para limpiar de pelo los sabrosos tocinos. Los hombres, rudos, sudorosos, se afanan en finiquitar cuanto antes esta tediosa tarea. El aguardiente les ayuda en este trance.



Más tarde éste sagrado animal, totémico en Extremadura, ha sido hábilmente despiezado, sabiendo, las laboriosas mujeres, darle un eficaz final a cada porción de carne, de hueso, a cada gota de sangre.

El *endoque*, duro como la madera con el que fue fabricado, empuja la picada carne hacia la aún humeante tripa. Las mujeres se emplean

en preparar un buen final a tanta variedad de producto de un mismo origen. Tentación campestre a la gula.

-Niña, siéntate y échanos una mano –indica la que la manteca extendía.

-No puede. Dice que está con lo suyo –le espeta rápidamente una compañera, aludiendo al mito de la inconveniencia menstrual, tal vez excusa de jóvenes acomodadas, flojas de espíritu.

-Ah, entonces que no toque nada, que estropea toda la chacina –desconfía la dueña de la casa, para inmediatamente añadir- ¿Tenéis apartada la sangre para la morcilla?

Positivamente es respondida, siguiendo el ama con la organización del rural evento.

-¿Y habéis salado los lomos?

-Sí, señora –contesta otra mujer, con cierta desgana. No es de buen gusto manejar tan ricos manjares sabiendo que nada acabará en sus entrañas.

-Y tú, aprieta bien esa guita que luego se quedan fofos –concluye su esporádica visita la morena y eventual inquisidora. No es recomendable dejar de prestar atención a lo que con su apreciado producto pudieran hacer manos extrañas.

-Mirad los niños con el rabo –ajena una a lo anterior y mirando a los niños que no lejos de ellas jugaban.

-¡Ay, qué recuerdos! Lo que hemos disfrutado siempre con el rabo del guarro –apunta melancólica la que a su derecha ata una rueda de chorizo.

-Sí, ahora disfrutamos con otra clase de... -añade pícaro otra matancera, interrumpida rápida por una escandalizada compañera.

-¡Chacha!

La risa que, en el grupo, esta última conversación ha producido da pie a una meditada pausa. La mañana se predice eterna y, aprovechando la tranquilidad del momento, las mujeres se disponen a indagar en los acontecimientos novedosos, pocos, eso sí, acaecidos en Barcarrota.

-¿Habéis visto a Elisa, la hija chica del alcalde viejo? -rompe el silencio la enlutada.

-Sí, ha vuelto de los *madriles*. Andará por allí la cosa mala.

-Pues ha venido con su hija -y aprieta bien la guita con la que dará sólida forma a la choricera rueda.

-Sí, una muchacha bien guapa.

-Pues anda preguntando Elisa cosas sobre su hermana.

-La *probe*. Claro, se marchó tan joven. La mandaron con sus tías a Madrid.

-Pues que pregunte, que pregunte. Ya poco va a solucionar. ¡Qué noche más triste la de aquella Semana Santa! Yo era bien chica y aún me acuerdo.

¡Cuánta lágrima!

-Lo que yo recuerdo bien es cuando se empezó a hablar de aquello en el pueblo. De que el carbonero la pretendía. Por lo visto dicen que era un muchacho bien guapo y además que tenía más pretendientas.

-¿Y qué fue de la amiga de Clara, de la Adela? Otra que desapareció sin dejar huella.

-Espabilaros que os va a coger el sol -interrumpe la dueña en intuitiva previsión metereológica.

-Me parece que terminó en una casa de citas en Badajoz. Pero no me creáis. Son habladurías de la gente que no seré yo quien le dé bombo.

-¡No, ya vemos! -dirigiendo su mirada a la criticona compañera.

-Su hija está de sirvienta con los Ovando.

-Pues entonces la madre no andará muy lejos, digo yo.

-Pues buena tarca tiene la muchacha. Porque hay que ver los corrales que tiene esa casa. ¡Como tenga que limpiarlos todos los días!

-Pues el que se ha muerto no ha mucho es Antonio Guzmán, el hijo de Luis y Dolores. Mujer, el que vivía en la casa chica esa de la calle Escuela.

-Sí, uno que andaba de músico por ahí. Pues no sería viejo ese hombre.



-Como decía la madre de Pilar: la muerte no sabe leer, pero conoce nuestra letra.

-*Na* más hacéis que hablar de penas. Bien podíais hablar de verbenas.

-¡Verbenas, en esta fecha! ¡Pues anda que no queda *na pa* la feria!

-¿Y tú crees que nosotras estamos *pa* ferias? En cuanto se descuide la dueña me llevo el bofe.

-¡Cuánta fatiga!

Y con la necesidad del momento discurre la mañana. A las mujeres les brillan los ojos ante tanta sabrosa y ajena vianda. Los ratos de silencio son interrumpidos por la visita de la dueña de la casa que, desconfiada —y no sin razón— de vez en cuando deambula junto a ellas.

III

No estamos lejos de la matanza. El olor a carne asada se cuele por entre los postigos de las casas cercanas. Medio pueblo está atareado en el rico ritual del sacrificio. Es su fecha. El aire huele a carne, a humo y a fuego.

E indiferente a esta jornada festiva en muchos hogares de su pueblo, Elisa pasea por su casa, recorriendo recuerdos, viendo momentos pasados, percibiendo olores de su ya lejana infancia, cuando esa casa era feliz. Cuando sus orladas baldosas eran pisadas por pasos infantiles y ruidosos. De la vieja gramola sale una agradable música que aún permanece en la memoria de la apenada mujer.

De una vieja caja, la misma que su hermana Clara usaba para recoger los útiles de sus labores, va sacando libritos de la pretérita historia del pueblo. También encuentra dos sepias fotografías. Una de Clara. Otra de su padre.



-¡Qué guapa era Clara! Con su larga melena tenía enamorados a todos los mozos del pueblo. Su dulzura hacía que todo el mundo la quisiese. Pero especialmente uno, Juan -y deja en la caja la fotografía donde está plasmada la imagen de su tristemente desaparecida hermana-. Mi padre. Un hombre fuerte que se fue consumiendo poco a poco por los dolores, la nostalgia y la culpa. Aquella noche, cuando ya su alma huía e iba en busca de otro refugio, mi madre me dijo que lo besara y que fuera a mi habitación a jugar con la casa de muñecas. Desde entonces no lo volví a ver más.

Elisa deposita la fotografía en la caja y se dirige a una cercana mesita donde, un retrato del antiguo alcalde, permanece iluminado por una casi consumida vela. Elisa se dispone a renovar esa llama con otro cirio impecable.

-Madre, algún día se va a quemar usted. Déjeme a mí -le aconseja su hija, preocupada al contemplar la nerviosa mano de Elisa.

-No. Mientras la memoria de mi padre esté en entredicho no me faltarán las fuerzas para que esta vela permanezca encendida.

Mientras se sienta Elisa no deja de ver los recuerdos que cada rincón traen a su memoria. Ahora se aleja en el tiempo. Los caprichos de la memoria la arrojan de súbito a una época en la que, por su casa, no pasaba más que el silencio y las lágrimas era el único acompañamiento a las caras de las almas que por allí perdidas caminaban.

Al mismo salón donde ahora estaba llegaba, pequeña, cogida de la mano de su abuela.

-Anda, siéntate y ayuda a tu madre, niña, y no preguntes tanto –fueron las palabras de la abuela antes de quedarse Elisa al lado de su madre.

-Y Clara, mamá, ¿dónde está?

-En el cielo, Elisa, donde están todas las niñas buenas –y el luto no consigue evitar dibujar una leve sonrisa para alegrar a su pequeña hija.

-¿Y no va a venir más a casa? ¿Quiero jugar con ella?

-No, Elisa. Clara está en un lugar mejor. Pero no te preocupes, ella se acuerda mucho de ti.



-¿Cómo lo sabes?

-Todas las noches hablo con ella. Si miras al cielo, juntando algunas de las muchas estrellas que arriba se ven, se forma rápidamente su cara. Y esas estrellas a mí me hablan.

A los pies de la madre, la pequeña le ayuda a liar un ovillo de lana. La música de la gramola continúa su ritmo, mudo acompañamiento de la

escena.

-¿Y por qué la mató papá?

-¿Quién te ha dicho eso? –no evitando mostrar su disgusto por lo que acaba de salir de la dulce boca de la niña.

-Algunas niñas del colegio de las monjas.

-Eso es mentira. No creas lo que malintencionadas niñas te quieran decir. Papá a quien mató fue a un terrible fantasma que andaba por las calles de Barcarrota atemorizando a los vecinos. Clara conoció el amor y murió por él, como debe ser la única manera de morir. Pero deja de hablar de eso y dime, ¿qué has aprendido hoy en la colegio?

-Ahora nos están enseñando a hacer ganchillo.

-Muy bien, eso te será muy útil el día de mañana.

Elisa -recuerda ahora-, apoyó la madeja en el brazo del sillón y se levantó para acercarse a la criada que, atareada en la limpieza de tan noble mobiliario, junto a ellas laboraba.

-Mamá dice que mi padre no mató a Clara –le dice susurrando a la joven sirvienta.

-Tiene razón. Yo lo sé seguro. Pero eres muy pequeña para entenderlo. Algún día te contaré la verdad.

De pronto Elisa vuelve de sus lejanos recuerdos y su alma, como espontánea brújula, parece indicarle un rumbo que escudriñar. Un impulso repentino de averiguar qué pasó en aquellos lejanos años de su niñez.

-Hija, voy a salir. Tengo que hacer una visita.

-De acuerdo madre, hasta luego.

Y levantándose Elisa encamina sus pasos hacia la calle, la que aún huele a carne, a humo, a fuego, a sangre.

IV

Los recios alcornoques siembran, bajo ellos, la sombra de hombres que en busca de su preciado fruto sudan esa mañana. El sol da respiro bajo las impenetrables ramas. Despereza el viejo árbol sus ramas hacia los lados, limpiando estático el terreno de frágiles y humildes arbustos. Un grupo de



corcheros se afanan en despojarlos de su rugosa piel.

-Que corcha tan buena han dado siempre estos alcornoques. Pues todo esto fue del alcalde viejo. Desde aquel cabezo hasta la Sierra Santa María. Todo lo vendieron. ¡Cómo se estropean las familias con las desgracias! Niño, vete ya al ayuntamiento que hoy es tu gran día -el

hombre de la boina dirigiéndose a su hijo.

-¡Sí, grandísimo! -dice desdichado-. A ver si tengo suerte. Padre, esta noche no me espere despierto.

-Ya me imagino, que yo antes de ser cura he sido monaguillo -pronuncia mientras le despidе.

-¿Hoy se *marquea*? -pregunta un compañero que mira irse al muchacho.

-Sí. Ya deben de estar todos los mozos nerviosos en el ayuntamiento.

-El día que nos *marqueamos* los de mi quinta creo que se acabo todo el anís en Barcarrota.

-¡Qué exagerado!

-¿Exagerado? Aún tengo yo ardores desde ese día -y entre risas continúan su ancestral labor.

Mientras, en Barcarrota, ante una fachada blanca, no sin antes llamar la atención de la inquilina, se introduce Elisa por una carcomida puerta. La Elisa que aprendió a contar las estrellas, para conocer a la antigua criada.

-Buenos días, ¿puedo pasar?

-Pase señora, pase.

Elisa mantiene la idea de que algo raro sucedió la noche que mataron a Clara. Junto a la fuente de la plaza del



Altozano de Barcarrota no sólo se quedó arrojado el inerte cuerpo de su

hermana, también la duda de las confusas palabras que en su infancia escuchó. La anciana *señá* Concha, la Conchi de sus recuerdos, pretende que le ayude a ordenar su frágil memoria.

Junto a una chimenea la anciana prepara el almuerzo. Unas cabezas de ajos, en sus manos, acompañarán toda la mañana la conversación entre las dos viejas conocidas. Una orza de barro recibe el calor de la hoguera. El olor del caldo que de ella sale y el eco de la alta cocina dan un ambiente hogareño a la vez que misterioso a la conversación.



-¿No recuerda quien soy?

-Ay, hija, si apenas veo

ya. Los años pasan sólo para ir dando disgustos al cuerpo. Y éste mío está ya repleto de desazones. Pero, siéntese, siéntese.

-Pues soy la hija del antiguo alcalde —y obedece Elisa la invitación de la anciana.

-Ay, hija, qué alegría. ¡Qué guapa estás! Igualita que tu madre. ¿Pero tú no estabas fuera?

-Sí. Pero he decidido venirme de nuevo al pueblo.

-Haces bien, hijita. En las ciudades *na* más que hay peligros y cosas malas.

¿Quieres tomar algo?

-No gracias, venía a preguntarle sólo unas cosas y me voy que no quiero entretenerla.

-Entretenerme de qué. Ya solo aguardo a la muerte y por estos pueblos pasa muy a menudo.

-¿Y no sale al pueblo nunca?

-Pocas veces, para la procesión de la Virgen y a la farmacia a por jarabes que me ayudan a ir tirando.

-¡Ay, como es usted! Con esa buena cara que tiene aún nos tiene que enterrar a muchos.

-Dios te oiga. Bueno, dime. ¿Qué te aflige para venir a meterte en esta miseria de casa?

-Usted trabajó muchos años con mis padres. Conocería bien la casa, supongo.

-Todo. Todo lo que me preguntes de tu casa lo sé yo. Las parcas se van llevando de mí poco a poco la vista, la fuerza en las piernas o la tersura del rostro, pero la memoria me la está respetando por ahora.

-¿Conoció usted a las amigas de mi hermana?

-Sí. Buenas chicas todas. Cuando le pasó aquello, ya sabe, cuando su padre la encerró para que no saliera en busca del novio, la visitaban a menudo. Iban siempre en grupos de tres o cuatro. Bueno, miento. Había una que sola siempre acudía. Se llamaba Adela. Morena, alta. Muy guapa aquella chiquilla, pero a mí nunca me gustó.

Y las imágenes se acercan a la memoria de *señá* Concha. Imágenes que traslada detalladamente a Elisa, las que con extremo interés acoge.

Clara, en estos recuerdos ahora narrados, recibe a Adela a la puerta de la casa. Una labrada cancela se abre uniendo a las dos amigas.

-Pasa, Adela. Qué alegría que vengas a verme.

-No podía hacer otra cosa. Ya me dijeron nuestras amigas que vas a tardar en salir y no quería privarte de mi compañía.

-Pues sí, hija, aquí estoy todo el día. Menos mal que me entretengo con las labores.

-Pero vamos, tampoco te pierdes nada fuera. El pueblo está muy aburrido.

-Mujer, no te quejes.

-Lo único que entretiene ahora al personal es la historia esa del fantasma que recorre el pueblo por las noches.

-¿Qué se cuenta? Dime, dime –e invita Clara a Adela a pasar a un saloncito, donde, en un burdeos sillón continuarán la conversación.

-Pues nada, que un espectro blanco se ve algunas veces por las calles. Los vecinos están asustados. ¿Por qué te ríes? –dice Adela una vez observado el risueño rostro de Clara.

-Nada, cosas mías.

-Cuéntame. Algo sabes tú del fantasma ese. Si no ¿a qué tanta risa?

-Nada, cosas mías.

-Pues no lo entiendo. Aquí encerrada poco puedes enterarte de lo que afuera pasa.

-Y a Juan, ¿lo ves? –intenta con esta cuestión cambiar Clara de conversación.

-Poco. De vez en cuando lo veo con la burra repartiendo el carbón. ¡Va siempre tan sucio!

-Sí, es lo que tiene su trabajo.

-Y tú, ¿lo ves?

-¡Yo! ¿Cómo? Si no salgo de aquí.

-Venga, que nos conocemos desde pequeñas. Algo tienes que ocultarme – intenta sonsacarle Adela.

-Mira, Adela, eres mi mejor amiga y a ti te lo voy a contar. El fantasma ese del que habla la gente...

-¡Pero calla...! –dice Adela señalando con la mirada a la criada que cerca de ellas continúa con su labor.

-No te preocupes por ella. Ya lo sabe.

-Termina.

-Pues eso, el fantasma que algunos vecinos han dicho ver existe de verdad. Soy yo.

-¡Anda ya! ¿Tú?

-Sí, Adela. No puedo evitar ver a Juan y la única manera que tengo es escondiéndome y escapando cuando menos gente hay por las calles. Ella me ayuda –y señala a la criada con la mirada.

-¡Qué valor tienes! Pues ten cuidado que la gente está muy asustada y a ver si a alguien se le va a ocurrir darte un susto.

-Espero que no.

-No te fies. Me voy, Clara –dice Adela levantándose-. Otro día vendré a visitarte. Y déjate de la tontería esa de salir por las noches a ver si vas a tener problemas. Deja a Juan que poco te conviene y que sabes que tu padre no lo quiere ni lo querrá.

-Verás como con el tiempo comprende lo nuestro.

Y mientras sale Adela vuelve la mirada a Clara para, desafiante, decirle

-Verás como no.



Elisa se ha quedado sorprendida de la actitud de la amiga de su hermana. Mientras *señá* Concha continúa rememorando situaciones de la época que poco a poco van llegando a su memoria.

-Quiero recordar también que Adela, en ocasiones, hablaba mucho con tu padre. Tenían mucha confianza. Cosa rara entre una joven y un hombre mayor como era ya el señor alcalde. Tu padre siempre salía malhumorado de aquellas conversaciones.

Y este nuevo recuerdo aproxima a las dos mujeres a la casa del alcalde de Barcarrota. Al alcalde que todo el pueblo señaló durante mucho tiempo como el causante de la muerte de su hija y que, en la memoria de todos, quedó para siempre escrito.

Pero *señá* Concha relata todo lo que, en los días anteriores al triste suceso, su memoria conserva. De lo que oyó y vio no oculta nada a la expectante Elisa.

Una compañera suya, criada también en la casa e íntima confidente, anuncia la llegada de Adela. El alcalde, sentado en su despacho, se prueba minuciosamente varias gafas. Comprueba, leyendo en los libros que en la mesa están dispuestos, la eficacia de las lentes.

-Señor Alcalde, Adela, la amiga de su hija, desea verle.

-Que pase.

-Buenas tardes, señor alcalde.

-Pasa y siéntate –y le señala el lugar donde cómodamente acompañarle-. Aquí estoy, probándome estas gafas que me ha traído el cura, a ver si se soluciona este problema mío con la vista. Tú dirás.

-Vengo a hablarle sobre el fantasma ese que está viendo todo el pueblo.

-No quiero que te molestes por lo que te voy a decir, pero, ¿tú crees que no tengo otra cosa que hacer que preocuparme por chismorreos de la gente?

-Pero es que hace unos días lo vi y lo seguí. Como ya sabía su recorrido, anoche esperé e hizo el mismo.

-¿Y? –inquieta desinteresado el regidor del municipio.

-Que puedo decirle por donde suele pasar para así, si usted quiere, detenerlo o, mejor, matarlo. El pueblo está más que asustado.

-No sé. Me parece todo tan extraño.

-¿El qué?

-Primero que tú, una muchacha tan inteligente crea en esas cosas y, segundo, que vengas a contármelo sabiendo que no creo en esas tonterías.

-Pues hágame caso. Compruébelo usted mismo. Yo le diré el recorrido que hace algunas noches. Siempre es el mismo.

-Para que no creas que no te hago caso, dímelo. Pero rápido, que tengo tarea para el pleno de esta noche.

-Pues mire usted, vi salir al fantasma del doblado de la calle esa nueva que han empedrado, después fue en dirección al arco del Llano de Santiago, siguió por el Toledillo, luego la calle Jurumeña...

Y *señá* Concha, sin soltar el plato donde va depositando los ajos ya pelados, concluye esta breve porción de tan recordada historia y, siempre, ante la observadora mirada de Elisa. No concluye aquí la curiosidad de ésta.

-¿Y qué recuerda más de aquellos años? –le invita a seguir narrándole acontecimientos.

-Ay, hija, tantas cosas. Pero casi todo está emborronado en mi memoria con el recuerdo de aquella fatídica noche. A casa llegaron gente dando voces: ¡Te la han *matao!* ¡Te la han *matao!* Decían a tu madre. Ella nerviosa no sabía qué hacer. Salía de una habitación y se iba a otra. Iba a verte a tu cuarto donde, ajena a tanto alboroto, dormías como un angelito.

-Y mi padre. ¿Recuerda algo de aquella noche?

-Sí, ¿cómo no? Su cara no *me se* quitará de la cabeza el resto de mi vida. Venía sudoroso, desencajado. Se sentó en una vieja silla del salón y miraba un retrato de tu hermana como petrificado. Daba espanto aquella imagen. Aún me lo da. Te voy a contar una cosa que nunca a nadie he referido. Bien es cierto que nadie me lo ha preguntado. ¿A quién le va a interesar los recuerdos de una pobre sirvienta? Cuando tu padre se quedó solo en el salón, y antes de que vinieran los *ceviles*, le oí decir en voz baja, como maldiciendo: Adela, Adela,... No se conocía otra Adela en el pueblo. Ahí

quedó su nombre, confundido entre la tristeza y los lamentos de las vecinas que entraban y salían de la casa. Luego ya trajeron a tu hermana, la acostaron en su cama, la rodearon de pétalos y en sus manos pusieron un ramo de albahaca. Al día siguiente pasó, por las calles de Barcarrota, el entierro más triste que en los siglos habrá en este pueblo.

-¿Y qué tiene que ver Adela en todo esto?

-Pues pienso que mucho. Yo sabía cosas que vi y oí. Mi hermano Antonio, que por si no lo sabes, era muy amigo de Juan, me contaba cosas que te sorprenderían.



La evocación ahora se adorna de soleada primavera. Por un camino, rodeado de viejas paredes de piedra, encinas y alcornoques centenarios, vuelven a casa un grupo de carboneros. Antonio, el hermano de *señá* Concha y Juan, el amante de Clara, cierran el alegre cortejo. El mayor del grupo va entreteniéndolo la vuelta contando inquietantes historias de

brujas a los atentos oídos de sus compañeros.

-...Pues dicen quien las han visto que todas las noches se reúnen esas tunantas en el Camposanto y, alumbradas por unas lucecitas, escarban en la tierra en busca de huesitos de zagales chicos y de tuétanos, que mezclan luego en un puchero a la lumbre, con azufre y otros ingredientes de la botica, para hacer unos mejunjes, con los que, untándolos en los sobacos, se le quita la fuerza al cuerpo y se echan a volar al momento; y por eso dicen que decía el sacristán, aunque éste lo niega, para que no le riña el señor cura, que cuando estaba la otra madrugada en la torre para tocar el primer repique de la misa de alba, las vio atravesar por encima de la veleta armando un jolgorio y una algarabía de mil demonios...¹

Más adelante en el camino, sentada en una piedra, Adela espera a Juan. Canta.

Una niña muy guapa,
llamada Adela,
por el amor de Juan
se ha puesto enferma.
Madre que pena,
que por amor a un hombre
yo esté enferma.

.....

¹ Fragmento del cuento "Las Brujas" del escritor barcarrotero Francisco Javier Sancho y González (1841-1917).

Mientras, a lo lejos, ya se oyen los carboneros que vienen del tajo. Uno de ellos se detiene junto a la muchacha y le pregunta:

-¿Me esperabas?

-¡Uy, que orgulloso! Yo a ti no te espero. Espero a otro.

-Sí, algún día ya me buscarás a mí –contesta éste desafiante.

-Anda tira, engréido.

Y, desfilando todo el grupo ante la mirada de Adela, llega Juan.

-Juan, ¿puedo hablar contigo?

-Tira *pa* alante que ahora te cojo –le dice a su compañero.

-No te tardes –le pide Antonio.

-Dime, Adela.

-Mira, Juan. Yo sé que no es normal que una señorita te proponga nada y menos en el medio de un camino.

-No te preocupes por eso.

-Es con respecto a Clara. ¿Tú la quieres?

-Eso son cosas mías que a nadie le interesan.

-Pero, ¿la quieres?

-Como tal vez no pudiera querer a nadie en el mundo –dice tras una breve pausa que denota lo profundo de su amor.

-Eso es lo que me preocupa. Esa muchacha no te conviene. Te lo dice todo el mundo. Su padre nunca va a consentir esa relación. Sin embargo, conmigo...

-Adela, no me estarás queriendo decir...

-Sí, Juan. Estoy enamorada de ti y solo pensar que no tienes en la cabeza más que a Clara no me deja dormir.

-Pero, Adela...

-¿Qué quieres que haga? Nos conocemos desde pequeño. O ¿no recuerdas ya cuando tu padre trabajaba de guarda en mi cortijo y tú y yo corríamos entre las encinas?

-Sí, pero el tiempo pasa y nos alejamos. Además, Clara es...

-No me digas nada de Clara. Quiero que sólo hables de mí. Quiero que sólo pienses en mí.

-No puedo. En mi cabeza solo veo a una mujer, una cara, unos ojos,...

-Juan. Así no puedo seguir. Me destrozas el alma al usar esas palabras tan bonitas que deberían ser para mí, sólo para mí.

-Lo siento. Adela, eres una buena amiga. Eres preciosa. Otro hombre se fijará en ti. No lo dudes. Y entonces bendecirás nuestro amor. Verás como así será.

-Eso nunca, Juan. O tú o nadie. No dejaré que nadie ponga en mi cuerpo sus manos. Sólo te lo consentiría a ti –pronuncia Adela mientras agarra, cariñosamente pero con iluso afán de pertenencia, a Juan.

-Déjame. Tengo que irme. Me esperan.

-No te vayas.

- ¡Suelta! –dice Juan mientras se desprende de las manos de la joven.
- No permitiré que Clara se lleve tus caricias. Esas serán solo para mí –y sola queda Adela en el camino, mirando la marcha de su pretendido amado. Elisa cree suficiente, por ahora, las confidencias que la *señá* Concha le ha proporcionado. No quiere molestar más a la anciana.
- Bueno, le dejo. Pero no crea que he venido con las manos vacías. Le traigo este regalo. Espero que le guste y le dejo que es tarde y tengo que preparar la comida.
- Gracias Elisa por haber venido a verme. No sabes la alegría que me has dado. Pensé que no volvería a ver a nadie más de tu familia. Bueno, a Clara la veo todas las noches. Tu madre me enseñó a mirar las estrellas. Y estas palabras vuelven a Elisa a su lejana infancia cuando, a los pies de su madre, escuchaba la música que salía del viejo gramófono.

V

En Barcarrota es día de *marqueo* de los quintos. En Barcarrota es día de fiesta. Al ayuntamiento van llegando los mozos, los jóvenes que esperan ser tallados para ser enviados al ejército. Las madres y novias, a partir de este día, verán como sus queridos hijos o compañeros se harán más hombres. Sus padres les permitirán fumar y beber. Saldrán del ayuntamiento convertidos en auténticos hombres.

Una máquina de escribir aporraceada ameniza con su monótono ritmo el salón de plenos municipal. Allí, el médico, su ayudante, un concejal y el escribano realizan las tareas necesarias para que todos los datos requeridos queden plasmados en papel lo más correctamente posible.

El concejal llama a los mozos uno a uno. Éstos, primero pesados y después medidos, vuelven a su sitio, sin saber aún cual es su papel esa mañana. No obstante sí conocen que es un día de jolgorio. Sus padres así llevan años anunciándose.

-¿Habéis matado ya el guarro? –susurra uno al oído de los compañeros cercanos.

-Y *cocinao*.

-Aquí tengo el vino. Espero que no sobre –y acaricia con el pie la garrafa que porta el esperado tinto.

-Descuida.

Otros tres, mientras el rosario de nombres va inundando el amplio salón, se enfrascan en vaticinar el inmediato futuro.

-Cuando salgamos de aquí nos vamos a la bodega de Marcial que tiene el vino recién hecho.

-¡La que vamos a liar!

-Vas a ver la de disgustos que se van a llevar algunas madres por esta noche.

Y mientras el rito premilitar llega a su fin, aún otros mozos debaten sobre lo que se le avecina.

-*Chacho*, que miedo me da a mí estas cosas de los médicos –dice el más alto de ellos.

-Y a mí. Es la primera vez que veo a uno.

-Menos *preñao* me van a sacar de *tó*.

E invariable continúa el teclear del funcionario mientras queda constancia de las incidencias del *marqueo*. Solo el silencio hace competencia a los oídos de los presentes.

VI

El sonido de la máquina de escribir que allá quedó, en el salón de plenos del consistorio municipal, se mezcla ahora con la música que, levemente desafinada por el cansancio de unos experimentados músicos, entretiene a las jóvenes parejas en un salón de baile de Barcarrota. Uno de tantos que por esta época sirven de esparcimiento y solaz a la clase humilde local.

Tres hombres, en un apartado de tan amplio *doblado* se distraen con el juego de la rana. Entre una y otra moneda lanzada a la boca del férreo batracio, dialogan.

-Ahora nos vamos a ir al *Santuario del Placer*.

-Sí, pero nos vamos por el callejón de los Mártires, no quiero pasar por el Muelle que seguro que estará allí mi hijo.

-Muleto, ¿va a llover mañana? –pregunta el que antes invitaba a la visita al lupanar.

-*Pasao* mañana te lo digo –responde el apodado con ese nombre. Bien conocido es en el pueblo este mote y su sabiduría a la hora de pronosticar el tiempo.

La música sigue impregnando, con un agradable pasodoble del recién desaparecido paisano Guzmán Ricis, las encaladas paredes del salón. Al techo de palo suben acordes que, como lluvia esperada, arroja sus notas sobre los enamorados. Las madres de algunas de las muchachas allí presentes vigilan por la honra de éstas.

En tanto, en un rincón, tres mujeres esperan el final de la velada.

- A ver si termina pronto la niña y nos vamos para casa.

- Ten cuidado, a ver si va a estar el fantasma aún por las calles.

- No eres antigua. ¡Pues anda que no hace mucho ya de aquello!

-Sí, pero en Barcarrota siempre ha *visto* ánimas por las calles.

-Ahora no, pero no te extrañe que en poco tiempo a alguno le de por volver a meter miedo por el pueblo.

-¡Cómo lo sabes!

-Ya habrá alguien que le dé por disfrazarse de monje, aporrear las puertas o quemar carros –como veedora adelanta ésta los acontecimientos que posiblemente atemorizarán al pueblo en el futuro.

-O cualquier otra cosa –concluye asintiendo la compañera.

La dueña del establecimiento, botella de anís en mano, se cruza con el joven que le ayuda en su lúdica tarea.

-Señora, ahí abajo están los quintos. Que si los deja usted subir.



-Ni se te ocurra dejarlos subir que la lían. Dale una arroba de vino y que se vayan a cantar a otro sitio –manda la dueña sabedora del estado de embriaguez de los mozos.

El mismo ayudante aprovecha para acercarse a una señorita que, tal vez ociosa, aguarda en una silla de enea a que la inviten a bailar. Éste se atreve.

-Si bailas conmigo te regalo un morcón.

-Ay, hijo. lo que es la necesidad –y se levanta para agarrarse al muchacho y a la posibilidad de llevar algo de buena comida a casa esa noche.

Una anciana, consumida por el sueño, da constantes cabezadas en medio de dos mujeres. Éstas no dejan de acosar a las parejas con el objeto de que no arrimen en demasía sus retoños cuerpos. En tanto, no dejan títere con cabeza con sus comentarios.

-*Cucha* aquel, ¡uy aquel! ¡No es borracho ni *na*!

-¿Tú sabes en qué se parecé un árbol y un borracho?

-¡Yo que voy a saber a estas horas!

-Pues que el árbol empieza por los suelos y acaba por la copa y el borracho empieza por la copa y acaba por los suelos –ambas rien.

-¡Qué de chascarrillos te sabes! Si hubieras aprovechado tu mente para otra cosa no estarías aquí sentada vigilando a que no te preñen la niña.

-No, que me la preñen, no. Es vigilar a ver quién es el que me la preña. Hasta para eso tenemos que estar atentas.

Y mientras, Los Velascos, que a la sazón así fue bautizado el conjunto musical, continúan amenizando la noche, siguen las mujeres sentadas alrededor del baile enfrascadas en sus importantes divagaciones.

-*Cucha* la hija de la Engracia, ¿qué se tendrá creído?

-Pues que es la más guapa de Barcarrota. No la ves los aires que se da.

-Pues así he conocido yo a muchas y terminan en un chozo criando siete zagales.

-La de la Rufina por ejemplo.

-Por ejemplo.

Una pareja cruza el salón, como huyendo ella de lo propuesto por su acompañante,

-Ahora, cuando se descuide tu madre, nos vamos a la era.

-¡Quita, quita, moscardón!

Los cuerpos ya cansados de baile concluirán la noche en vaya usted a saber qué distintos lugares. Algunos jóvenes terminarán en la era o en la oscura esquina de cualquier callejón. Las madres, intranquilas, esperarán a ellas despiertas en casa. Y los hombres, cuando ya no le quepa ni el aire en el estómago, zigzagueando, llegarán a duras penas a sus humildes cobijos.

Otra noche más de fiesta en el pueblo. La tarea matutina olvidará estos momentos, brevemente. Lo justo para que de nuevo comiencen, cualquier otra noche, a escucharse los acertados acordes de los hermanos Velascos.

VII

Elisa pasea de nuevo por los verdes campos barcarroteños. Las encinas le prestan su sombra y le cobijan del radiante sol de aquella mañana. Unos hombres se entregan a rebuscar aceitunas doblando las costillas y por su lado atraviesa la joven hija del antiguo alcalde. Un cazador se topa en su camino.

-Buenos días. ¿Me podía decir donde vive el señor Cecilio?

-Ahí más arriba lo tiene sentado en su casilla –y continúa éste su camino, escopeta al hombro, en busca de alguna pieza con que completar el almuerzo en casa.

En el *pollo* de una modesta morada está sentado el señor Cecilio, otrora ayudante del alcalde de Barcarrota y perpetuo, su rostro, en la memoria de aquellos que vivieron los tristes acontecimientos que durante años perturbaron a los vecinos.

-Buenos días. ¿Es usted el señor Cecilio?

-Sí. ¿Quién eres, hija?

-Soy Elisa, la hija chica del alcalde viejo.

-Siéntese. Está en su casa. Este humilde hogar siempre será resguardo de los que tanto hicieron por mí.

-Muchas gracias.

-¿Cómo anda su madre? ¿Vive?

-Sí, gracias a Dios.

-¿Qué necesita de mí?

-Antes de nada me he acordado de usted y le traigo este regalo. Es una boina. Espero que le sea útil.

-Muchas gracias, hija.

-¿Cómo anda usted de memoria?

-Mejor que de vista. Esa ya está perdida. Pero tampoco me gustaría tener tantos recuerdos. Aún no he olvidado la noche en la que mataron a su hermana. ¿Y cómo quiere usted que olvide esa triste noche? Tu padre me dijo que le acompañara por la noche en busca del fantasma del que hablaban por el pueblo. Yo, como no podía ser de otra forma, ya que lo que tu padre decía para mí iba a misa, allí que me presenté –mientras pronuncia estas palabras parece verse, joven, acompañando al alcalde por las oscuras calles de la población-. Pero, ¿a qué viene remover ahora esos recuerdos? – continúa.

-Estoy convencida que mi padre no mató a Clara.

-Yo también, pero no se martirice. Lo hecho, hecho está. Perdona hija, no te he ofrecido nada. Quiere un gazpachito. Es de los que no dan ardores. Quitado el corazón del ajo tiene.

-No se moleste. ¿Hasta dónde acompañó usted a mi padre?

-Hasta la misma plaza del Altozano. Yo no pude disparar. Me faltó valor. Tu padre me quitó la escopeta y...

-¿Había alguien más en la plaza? ¿Oyó algo?

-Nadie. Nosotros estábamos en la esquina de abajo. Sólo se escuchaba esa noche el agua caer de los caños de bronce de la fuente. Ni un alma pasaba a esas horas por la oscura plaza.

-Sabe usted que mi padre andaba mal de la vista. Sin gafas no era nadie.

-Sí. Recuerdo que tenía que pedir las gafas a algún compañero en los plenos. Y hasta el cura estaba pendiente siempre de él para buscarle solución a su poca visión. Pues sería entonces la suerte pero, zas, de un certero disparo acabó con el fantasma y la hija que llevaba dentro. Pero también quiero recordar que del granito de la fuente salía como polvo. No sé. Hace tantos años.

-No sé. Estoy confusa. Debo irme. Espero que le siga a usted funcionando por muchos años la cabeza. Es un premio de Dios por el bien que hizo siempre en mi casa.

-Gracias, hijita. Pero noto ya que mi tiempo está llegando a su fin. Deseo antes de que te vayas que olvides aquella noche. Será la única manera de que el alma te repose en paz. No adobes más la fantasía. La historia escrita está. Para no hacer daño a nadie, no cambies el título a esa vieja historia.

-Quédese con Dios.

-Gracias, hija. Buenas tardes.

Elisa se aleja pisando de nuevo la fresca hierba del campo extremeño. Va rumiando en sus entrañas la sinrazón de algunos asuntos relacionados con su modesta investigación y que ella aún no comprende.

El día y la vida, de la mano, continúan empujando el curso de la historia, de esta historia que sigue, pasados muchos años, desvelando el sueño de la pobre Elisa.

VIII

Al día siguiente, en el molino harinero, el abuelo reposa de tan laboriosa noche. El invierno llega a su fin y hay que aprovechar las últimas lluvias. El nieto, al que entretuvo la anterior noche con los recuerdos de su juventud, está junto a él, velando siempre por su necesario entretenimiento.

-Abuelo, la historia que me contaste anoche... al final me dio un poco de miedo.

-Sí que daba miedo. Ya lo creo. Y pena, mucha pena –dice el abuelo aún con el brillo que las lágrimas dejaron en su rostro.

-¿Y aquello fue verdad?

En ese instante la abuela del muchacho, Adela, entra en el sucio molino. Le acompaña su hija, la madre del zagal. Llega ésta última de Barcarrota. Su madre se espera lo peor.

-Ya le estás metiendo grillos en la cabeza a tu nieto con viejas historias –y, dirigiéndose a su hija-, Y tú ¿a qué has venido? ¿No vendrás otra vez preñada?

-Quite, madre, ¡siempre porfiando! Y usted, padre, ¿cómo está?

-Cada día más viejo y más torpe –responde el anciano.

-Un beso, madre –dice el nieto de Juan incorporándose.



-Pues eso, como hace tanto tiempo que no te dignabas en venir a vernos.

-Sabe que es muy difícil que la traigan a una. No todas las semanas vienen carros de Barcarrota a este pueblo.

-¿Y cómo anda el señorito Joaquín Ovando?

-Ahora dice que se quiere casar.

-¡Con su edad!

-Pues arreglando está la casa *pa* eso.

-Y por el pueblo, ¿cómo van las cosas?

-Como siempre. Anda revuelta la gente con una mujer que ha llegado preguntando cosas del pueblo. Vete a saber.

-Será de esas que hablan en los partes de la radio.

-O a saber qué oscuro motivo le ha traído al pueblo –comenta Adela.

-Padre, ¿me puede usted dejar algo de dinero?

-Hija, en mal momento vienes. Las lluvias han cesado y cada vez puedo moler menos trigo. A ver qué te puedo dar –piadoso asiente el anciano

mientras se dirige a una cajita colgada de la pared en busca de algunas migajas metálicas con las que socorrer a su hija.

-¡Cómo sabía yo que no venías solo de visita! ¡Pedigüeña, que eso es lo que eres! ¡Que nos tienes arruinados! –dando razón al temor inicial, replica la madre.

El sonido de la piedra volandera parece haber ido acompañada con las palabras de los habitantes del molino. El monótono soniquete pétreo ya lleva siglos asistiendo a problemas ajenos pero tan cercanos.

IX

La campana del colegio de la congregación que lleva por protectora a la Divina Pastora no deja de sonar. Alguien, impaciente, mueve insistentemente la cuerda que hace sonar el badajo, esperando que abran la acristalada puerta.

Una mujer que, siempre que puede echa una mano a las monjas en las tareas de limpieza, se apresura a abrir ante tanta pertinacia. Una pobre mujer, una niña al costado y agarrado a su falda un niño de sucia camiseta e



inquietante *hurgueo* de nariz, demanda alimentos con los que socorrer los necesitados estómagos de las zagales.

-Buenos días. ¿Me da *usté* algo *pa criá* a estas criaturitas? Es que está mi *mario* en la *carcel*.

-Eso es por ahí atrás, en el *cuarto de los pobres*.

-¿Pero allí dan *comia*? ¿Dónde es eso?

-Por ahí atrás, por ahí atrás.

-Vale, muchas gracias. Dios la bendiga. Vamos chiquillo –empujando al muchacho se despidió ilusionada la humilde visitante con lo indicado.

De vuelta al corro de costureras, en pleno centro del edificio, una hermana se incorpora después de haber atravesado el elegante pasillo. Allí continuará enseñando a las pequeñas pupilas diversas artes de costura. Junto a la hermana Superiora se encuentra Elisa.

Ésta ha aprovechado su continuo pasear por el pueblo, en busca de nostalgias y oscuros momentos, para hacer visita al colegio de niñas.

-Todo esto sigue igual y mira que han pasado años –continúa Elisa la conversación que hace ya rato comenzó.

-Todavía recuerdo cuando corrías por esos pasillos y mira

ahora en que mujer tan bonita te has convertido y además con una bellísima hija –le contesta la Superiora.



-¿Y qué habrá sido de mis compañeras? Tan solo a dos o tres he vuelto a ver desde entonces.

-Pues casi todas andan por el pueblo. A algunas las veo en misa. Lo que pasa es que muchas están trabajando en el campo y pocas veces vienen al pueblo –y hace una pausa para dar una punzada a la tela que acoge el bastidor-. Ahora vamos a admitir a niños. ¡Qué jaleo! Pero, a ver ¿qué se le va a hacer? Las cosas modernas que nos manda el Señor.

-Bueno, sor Mercedes, le dejo con sus tareas.

-Bien, Elisa. Ya sabes que aquí tienes un hogar cristiano para cuando lo necesites. Muchas gracias por acordarte de nosotras. Siempre hemos rezado mucho por ti y por tu hermana.

-Ya he visto que tienen un retrato suyo en el pasillo.

-Sí, siempre la tenemos muy presente. Fue toda una pena. Una gran pérdida.

-Bueno, le dejo –dice levantándose Elisa.

-Ahora Antonia te acompañará a la salida –y mientras se despiden brota una lágrima de la monjita del colegio del Rebaño de María, lugar donde tantas niñas se han educado en los valores cristianos y que, con seguridad, así seguirá siendo aún durante décadas.

X

Las calles de Barcarrota siguen conservando la blancura de comienzos de siglo. Aún sus fachadas aparecen a la vista impolutas, y, al doblar cualquier esquina, es posible todavía sorprenderse por la claridad que emana de las paredes en sus retorcidas calles. Elisa va a parar de nuevo ante la fachada de la casa de la señora Concha. No se resiste a disfrutar de la agradable compañía de la anciana.

-Buenas tardes, *señá* Concha.

-¿Dónde vas de nuevo hija?

-Vengo de visitar a sor Mercedes. Hacía tiempo que no veía a mis monjitas. Al volver tenía que pasar por su puerta y me apetecía verla de nuevo. Además no me quedé tranquila el otro día. La quedé tan triste.

-¿Hija, cómo quiere que esté? Si tengo ya más años que esta chimenea y todos llenos de tristes recuerdos. Pero, ya que estás aquí, *me se* olvidó referirte el otro día que Adela tuvo un amante. Mi hermano me contaba todo.

Y las palabras que resuenan en su memoria, procedentes de la boca de Antonio, invitan a Elisa a viajar en los años y en los recuerdos.



Allí se ve un grupo de niños jugando, sucios y desaliñados, a "*Zapatilla, lindilla, linzado*" que, junto a algunas niñas, entretenidas éstas en jugar a los *cromos*, observan llegar un lujoso coche.

-¡No seas guairo! Te quieres parecer a mí, que me lavo la

cabeza una vez al mes aunque no haga falta -dice un simpático muchacho, al observar el hurgar en la nariz de su compañero. Tras estas palabras se arrasca fuertemente la cabeza, comida, a tenor de su comentario, de blancas liendres.

El coche pasa junto a ellos y los niños se levantan y corren tras él. Lo novedoso siempre atrajo la curiosidad infantil. Más tarde, el automóvil llega al Casino de Barcarrota, situado junto al porticado ayuntamiento de la localidad. Del moderno aparato bajan dos señoritas que, subiendo las marmóreas escaleras, llegan al amplio salón del lugar. En él, la alta sociedad barcarroteña, los señeros nombres y las mujeres de elegante afección, repasan los acontecimientos sociales de su interés.

Dos rubias niñas juegan en el suelo con muñecas y objetos de lata ajenas a lo que alrededor suyo se maquina. Su belleza y ropaje dan brillo al amplio *hall* del establecimiento. El cura, proveniente de una sala continua y en busca ya de la calle, se despiden no sin antes ser requerido por una de las señoras allí presentes.

-Padre, ¿ya le ha pagado mi marido para que podamos comer carne esta Cuaresma?

-Sí, hija. Y con ese dinero puedo dar de comer a los que no tienen ni para berros –le responde el sacerdote.

-¡Ah, era para eso! –entendiendo ésta ahora el por qué de esa extraña y mal comprendida costumbre.

Sus compañeras, que ya hace tiempo conocían el destino de sus cristianas donaciones pecuniarias, se entretienen con el contenido de la recién nacida revista *Barcarrota*. En concreto con un concurso convocado desde la redacción de la publicación.

-¿A ver qué dice ahí en esa revista de las chicas más guapas de Barcarrota?

-Ah, pues mira. María Fernández, 361 votos; Damiana Viniegra, 336 votos. Sinforosa Cueva, 237 votos.... -contesta la que la estrenada revista enarbola.

Mientras, en otra de las reuniones allí establecidas, se escucha a una señora, la del negro sombrero, comentar a una compañera:

-Tú que eres de fuera, ¿sabes quiénes son esos?

-No -interesada.

-Pues Alberto de Sinsinat y Virgilio Viniegra.

-¡Ah! –sorprendida.

Y en la mesa a la que las anteriores se referían, en efecto, se encontraban los ínclitos hombres de la cultura barcarrotesa. Entre ellos el padre de Adela, la amiga de Clara.

-Pues dicen que en el pleno del otro día se decidió construir un pilar en el Llano de la Cruz.

-Bien hecho. Aquella gente tenía que andar mucho para poder llevar agua a



sus domicilios –le apunta el caballero de la elegante pajarita roja y envidiable rizado pelo.

-Sí, es una buena decisión, pero de las poquitas cosas buenas que este alcalde hace. A mí no me gusta nada.

-¿Y qué vamos a hacer? Te lo tienes que tragar sí o sí.

-No necesariamente. Tengo una idea que puede que le de un buen quebradero de cabeza –

responde maquinando alguna estratagema no muy clara y en apariencia poco legal.

-¡Qué mal te pareció siempre ese hombre! Le tienes una manía escandalosa. Tú sabrás por qué.

-Mirad, ya están montando el *estaribé* nuevo para los músicos –dice el de despoblada cabeza mientras mira hacia la plaza pública aledaña.

-Sí, no es mala idea. Ahí, delante de la estatua está, al menos, en el medio de la plaza. Se puede ver y oír bien de todas partes.

-Otro gasto más. Para fiestas siempre está este alcalde nuestro dispuesto a tirar el dinero. Pronto no tendrá ganas de fiesta.

La joven Adela entra en el Casino en busca del padre.

-Buenas tarde, señores. Padre, voy a una visita. Digale a madre que no tardaré mucho.

-¿Le has dicho lo que te comenté al muchacho ese? –pregunta a la recién llegada acercando la boca a su oído.

-No, padre, aún no, pero descuide que se lo dejaré bien claro.

-Dile también que luego ya le buscaremos algo en el cortijo.

-Como usted mande padre –y abandona Adela el lugar, dejando a los hombres en sus interesantes mudas divagaciones.

Y son precisamente las divagaciones del padre las que conducen a Adela en busca de un provisional amante, utilizado éste únicamente como mano que ejecutará sus malvados deseos.

El campo, en una explosión de verdor, acoge los pasos de la muchacha. Ella se va soltando el largo cabello que hasta ahora permanecía recogido en un labrado moño. Un *timaón* abandonado parece ser el fin de su bucólico paseo. Allí está esperando un joven fuerte, rubio, el que será usado y después, tal vez, abandonado a vaya usted saber qué suerte.

-*Raposo* –dice Adela, nada más entrar en el *timaón*, con el fin de llamar la atención del apuesto joven.

-Lo que has tardado –dice éste.

-He estado hablando con mi padre.

-¿Es verdad que me va a entrar a trabajar en tu cortijo?

-Si haces lo que te pide te mete de capataz –y continúa Adela- ¿Ya tienes preparado todo?

-Sí. Me ha dejado una escopeta mi primo que



servió en Larache.

-No dejes de hacer lo que te he dicho. No creo que el alcalde se atreva. Así que lo tendrás que hacer tú. No me falles y tu placer será eterno –concluye arrojando al suelo la horquilla que el joven sujetaba entre sus manos.

-Descuida. No se me escapará.

Y en un apasionado abrazo, con sus torsos desnudos, se prestan a cumplir una parte del contrato. La otra permanecerá desconocida para los barcarroteños el resto de los siglos.

XI

En la silla de enca de la casa de la *señá* Concha reposa y repasa Elisa su pensamiento y entrelaza todo los datos que en estos últimos días ha ido atesorando.

-Cada vez veo más clara las cosas. Le dejo *señá* Concha y descuide que, siempre que pueda, vendré a verle. Déme un beso.

-Ve con Dios, hija.

Otra vez las calles de Barcarrota son testigos de los vaivenes de Elisa. Mirando al suelo parece esclarecer lo que el cielo le oculta.

En tanto, no muy lejos de este instante, en una tienda, dos mujeres platican sobre triviales asuntos. Un afilador, empujando su oxidada bicicleta, hace sonar la armónica, entonando la sabida partitura que atemoriza a los agoreros lugareños.

-¡Uy! Alguien se muere hoy –continúa la tendera una conversación interrumpida por el temido instrumento.

-Y no falla –dice, al oír el mencionado sonido, la compañera que apoyada en el mostrador departe ociosa-



-Pues dicen que la hija del alcalde, la Elisa, sigue hablando con unos y con otros de cosas de su hermana.

-¡Buenas ganas de perder el tiempo! ¡A qué remover recuerdos! –es respondida la tendera.

-A mi lo que me parece es que podían

ir comprando algo. No creo que éste sea lugar para chismorreos, para eso están ya los confesionarios –concluye la ociosa reunión la tendera.

Entra la hija de Elisa. Las dos mujeres aprovechan para salir no sin antes repasar el cuerpo de la muchacha de arriba abajo.

-Hola, buenos días.

-Buenos días, niña. ¿Qué te pongo?

-Pues me va a dar un cuarto de garbanzos –solicitud a la que la tendera se dispone a servir de inmediato.

-Hace tiempo que te estoy viendo por Barcarrota y no me sueña tu cara. ¿De quién eres tú? –pregunta la tendera sin dejar de atender su oficio.

-Yo soy de Elisa, la hija del alcalde viejo. Nos vinimos de Madrid no hace mucho ya que mi abuela anda ya pachucha. Son muchos años.

-Ah, pues yo conozco mucho a tu madre. Estoy casada con el *Raposo*, el que estuvo mucho tiempo de capataz. Dale recuerdos de mi parte.

-Se los daré, descuide –y observando los garbanzos que la tendera le acerca comenta-, esto sí que son buenos garbanzos, no aquellos que nos vendían en Madrid que parecían cabezas de alfiler. Y de las lentejas ni le hablo...

Y allí se quedan las dos, discutiendo las ventajas de la huerta extremeña.

En los estantes de tan abigarrada tienda se acumulan productos que, de poderse pagar, alimentarían sin duda todos los estómagos de la amplia Barcarrota.

Más tarde, la tendera parte ya para casa. En la puerta misma un nutrido de niños jugando al “burro” entretiene su tarde sobre la ventana cercana. La tendera coge de la mano a su pequeño hijo

-Vámonos para casa, “raposino”.

Y, calle arriba, se sigue aún escuchando las risas de los niños que, amontonados unos sobre otros, con su juego, son ajenos a lo que alrededor suyo ocurre. Ajenos a lo bueno. Y a lo malo.

XII

Urgente entra Elisa de nuevo en su casa. Allí está su hija entretenida con rollos de nobles partituras de gramola. Ya no suena gramófono alguno. Aquella triste música parece que pronto dejará de entristecer a las habitantes de la morada.

-Hija, voy a salir.

-Te acompaño, madre.

-No. Volveré tarde. Voy fuera del pueblo. Además es una visita que tengo que hacer sola.

-Como quiera. Ya he hecho la compra. Le prepararé la cena.

Bastante lejos, en el campo, en el verde y húmedo campo que ha seguido siempre paralelo a esta extremeña leyenda, unos niños asisten, con la mirada asustada, a la historia que uno de ellos les está contando.

-Mi abuelo a veces también me contaba historias de brujas. Decía que todas las noches se reunían esas tunantas en el Camposanto y, alumbradas por unas lucecitas, escarbaban en la tierra en busca de huesitos de zagales chicos y de tuétanos, que mezclaban luego en un puchero a la lumbre, con azufre y otros ingredientes de la botica,...

-¿Ese es el molino del señor Juan? —pregunta la recién llegada Elisa, poniendo y asustando por ello, la mano encima del hombro de uno de los niños.

-Sí, pero él ahora no está. Lo hemos visto salir, pero estará su mujer —le responde el consultado.

-Adela se llama ¿no?

-Sí.

Y, dejando al infantil grupo embebedos con sus historias de brujas, se dirige Elisa hacia el molino donde comenzó, hace ya muchos años, toda esta historia. Allí se encuentra a una Adela desaliñada y sucia.

-¿Será usted Adela? —dice la visita mientras mira detenidamente alrededor-.
¡Cómo cambiamos con los años! Dios pone a cada uno en su sitio.

-¿Quién le ha dicho que estoy aquí? —mal humorada recibe Adela a Elisa en el viejo molino.

-Preguntando se llega a Roma aunque el camino esté oscuro y sucio.



-¿Qué quiere de mí?
 -De más lo sabes. Hace años que temías esta visita.
 -Déjeme en paz. Tengo que ordeñar las cabras.
 -Ven acá. ¿Por qué? –agarrándola.
 -No me remueva la memoria. Hace tanto de aquello.
 -Sí, los mismos años que llevo yo sin hermana. Los mismos años que se rompió mi infancia. Y todo por tu culpa.
 -Yo le quería.
 -Y Clara también.
 -Pero no podía permitirlo.
 -No debiste entrometerte en esa pareja. ¿Quién mató a mi hermana?
 -Tu padre fue. Lo sabes de sobra.
 -Mentira. No te lleses a la tumba esa mentira. No descansarías en paz entre las tablas de tu ataúd.
 -¡Déjame!
 -Mi madre no dice otra cosa, desde ese día, que en el cielo le está esperando Clara. ¿Conoces un dolor más grande que una madre que pierda a su hija? Una madre que se dedica a contar estrellas cada noche creyendo hablar con su hija.
 -No pensé en las consecuencias. Era muy joven.
 -Tan joven como mi hermana.
 -Me cegó el amor.
 -Y ese amor ciego destruyó a toda una familia.
 -Lo siento. No puedo decir otra cosa.
 -Si puedes. ¿Quién mató a mi hermana?
 Y como en un torbellino de imágenes va trasladando Adela a Elisa lo que en su cabeza lleva tantos años remordiéndole. Sin decir nombres, lugares,... termina aclarando el recordado suceso.
 -Tu padre no fue. No puedo decirte más. No debo decirte más –dice apartando la avergonzada mirada.
 -Me sobra con eso. Voy a casa, tengo que hacer una cosa.
 Al salir, con el semblante casi divinamente iluminado, se cruza en su camino el anciano molinero.
 -Adiós, señorita –dice éste.
 -Adiós, Juan.
 Y encamina sus pasos hacia Barcarrota. Allí un grupo de jovencitas, hermosas y elegantes, salen de misa. Las campanas, símbolo alegre y banda musical de la sonrisa de Elisa, doblan eternamente y guían a ésta hasta su casa. Suavemente, sin prisas, allí Elisa sopla la vela que ante el retrato de su padre tanto tiempo, tantos años, ha permanecido encendida. La apaga esbozando una agradable sonrisa. Una lágrima se aferra a su mejilla indicándole que, no obstante, no dejará de mirar cada noche a las estrellas el resto de sus días.

Sentada, coge de nuevo la caja de costura que usó su hermana hace ya bastante tiempo. De ella saca un pequeño lazo gris. Lo acaricia...

XIII

En la ermita de la Soledad de Barcarrota reina un silencio absoluto. Mientras el sacerdote arroja agua bendita sobre los restos de la joven Clara,



algunos presentes se secan las lágrimas. Están presenciando el entierro, posiblemente, más triste que se haya vivido en Barcarrota.

Concluido el rito fúnebre, el negro y lujoso ataúd de la joven es tapado y portado a hombros hasta la calle, donde, acompañado el cortejo por una triste e imaginaria marcha fúnebre, recorrerá las principales y más notables calles de la población.

Tras la ventana de su casa espera la niña Elisa. Un lazo gris le sirve para recoger su largo pelo. Ya se oyen los primeros pasos. Tras ellos va su hermana. Elisa suelta una lágrima. No sabe por qué. Su edad le impide saber

que, realmente, no volverá a ver más a Clara. El tiempo le dará explicaciones de lo ocurrido esta mañana. La música, siempre alegre para los retornos, cruza triste tras el ataúd en esta despedida.

Mientras, en casa de Juan, donde no hace mucho también se ha sentido el dolor por la pérdida de un querido familiar, Juan recoge su ropa en una ajada maleta. Hasta esta casa llega Adela.

-¿Qué haces?

-Me voy –responde Juan mientras continúa metiendo su ropa en la maleta.

-¿A dónde?

-No sé. Por ahora del pueblo.

-¿Solo?

-Sí. No puedo aguantar este dolor.

-Me voy contigo.

-¿Para qué?

-Te quiero. Deja que te cuide.

-No, Adela. Eso sería engañarte. Sabes que yo no te quiero a ti.

-No me importa. Yo te enseñaré a quererme.

-Necesito estar un tiempo solo. Tal vez... más adelante.



-Espera que vaya a mi casa a por algunas cosas y nos iremos juntos de aquí. No te dejaré solo y menos ahora.

-No, Adela.

Y la negativa de Adela de dejarle en paz es interrumpida por la cercanía de una triste música. Juan se asoma a la puerta de la casa. El dolor se apodera de su cuerpo. Pasa, tras esa puerta, el cuerpo sin vida de su amada. Clara se cruza ante su mirada como aquella primera vez cuando le llevaba carbón a casa. Las lágrimas dan brillo a los ojos de Juan. Más tarde es toda la cara que resplandece húmeda.

El pañuelo que recoge ese dolor empuja su mano hacia el suelo, abatido, esparciendo sus lágrimas en las bastas baldosas.

Ese mismo pañuelo, años después, muchos años después, servirá al ya anciano Juan para limpiar, casi a diario, el panteón donde Clara le espera eternamente.

Una lápida recoge las palabras que Elisa escuchó en su infancia, concluyendo con una sentencia que, ahora, en este mismo momento, se cumple.

*Aquí yace Clara. Conoció el amor y murió por él.
Al final estará a tu lado sólo el que te quiso.*

El anciano molinero, el viejo Juan, se apoya en el frío mármol. El pañuelo, que conserva el calor de aquellas dolorosas lágrimas, cae al suelo, soltado por unas manos inertes, por las manos de un cuerpo muerto.

Clara, desde el Cielo, sonríe. Allí le espera. Mientras, en nuestra imaginación, parece que ya doblan las campanas.

FIN

DIARIO DE GRABACIÓN

A continuación se detalla brevemente los días de rodaje, así como los lugares y personajes* que intervinieron en la grabación de la película extraída de este texto. Salvo que se indique lo contrario, todas las escenas han sido rodadas en Barcarrota

23 de noviembre de 2013

Alcalde muerto.

Esta breve escena se rodó en casa de la familia Sanz Cuevas, en la calle Hernando de Soto y los personajes que en ella intervienen son Anastasio Ricis Alfonso y Eva Silva Tanco.

1 de diciembre de 2013

Muerte de Juan en el cementerio.

Bien temprano se inició la grabación del final de la película. Fue la mañana de este frío sábado testigo de la grabación de la muerte del anciano Juan. En el panteón existente en el cementerio de San Juan de esta localidad, propiedad de la familia Fernández Prats, José Joaquín Alzás Casas recrea el triste y a la vez dulce final de uno de los protagonistas de la historia. La lápida en mármol fue realizada, magistralmente y de forma altruista, por Wenceslao Zahinos Contador.

1 de diciembre de 2013

Marqueo de quintos.

Se realizó esta escena en la misma mañana que la anterior escena. A partir de las 10'00 horas y en el Salón de Plenos del Ayuntamiento de Barcarrota. En este día se recreó el *marqueo* (estudio de las condiciones físicas de los aspirantes a soldados) de los quintos barcarrotaños. Como curiosidad añadir que los nombres que el concejal va nombrando son en realidad los de los padres de los actores, sirviendo esto como modesto homenaje a sus progenitores.

En esta escena aparecen los médicos y funcionarios del ayuntamiento:

Manuel Alzás Casas

Francisco Ramon Cordero Lozano

Francisco Javier García Reija

Julio Jorge García Sanz,

y los quintos:

José Carlos Ballesteros López

Pablo Borrachero Rodríguez

Luis Ángel Carretero Díaz

Carlos del Río Pluma

José Manuel Esteban Flores

Alberto Gañán González

Antonio Julián Haut Torres

Alberto Lara Correa

Jesús Pérez Benavides

Álvaro Real Isaac

Jesús Sayago López.

14 de diciembre de 2013

Visita de Elisa al ayudante del alcalde.

En el cortijo de la finca conocida como "Las Santiagas", situada al inicio de la carretera que une Barcarrota con Salvaleón y propiedad de la familia Reynolds Puebla, se rodó la conversación entre Elisa y un ya anciano ayudante del alcalde.

En esta escena aparecen, además de Carmen Albarca Sánchez y Alejandro López Ferrera, que dan vida a los personajes anteriormente señalados, tres figurantes, cuyos nombres son:

Ángel Puente Rodríguez

José Luis Reynolds Puebla

Wenceslao Zahinos Contador.

2 de enero y 16 de febrero de 2014

Juan haciendo maleta.

En dos jornadas hubo de hacerse una de las últimas escenas de esta película y tal vez de las más emotivas de la misma. Fue en la casa propiedad de M^a Cándida Alzás Trejo, situada en la calle Olivo. Aquí aparecen únicamente Abel Pérez Lara y Rocío Gómez Casas.

4 de enero de 2014

Adela visita a Clara.

La casa de la familia Sanz Cuevas fue el lugar elegido para la visita que recibe Clara, durante su encierro, por parte de Adela. Los personajes fueron interpretados por Marta Palomo Jaramago y Rocío Gómez Casas, respectivamente.

21/22/23 de enero de 2014

Elisa visita a criada.

El local "El Tinaón", propiedad de la familia Barrera Sánchez, situado en la calle Viento de Barcarrota, concretamente el espacio de la rústica chimenea que allí existe, fue el lugar elegido para las escenas que sirven de guía al espectador de la trama de la película. Allí, Elisa conversa con la anciana criada, la cual le va relatando antiguos recuerdos en relación con la muerte de Clara, la hija del alcalde. Estos dos personajes están interpretados por Carmen Albarca Sánchez y M^a. Concepción Rodríguez Ferrera.

26 de enero de 2014

Entrada de Elisa en casa de la criada.

Este domingo se grabaron las dos entradas que Elisa hace en casa de la anciana criada, *señá* Concha. Una casa de la calle Badajoz, propiedad de Antonio Sánchez Marín y M^a del Soterraño Triguero Llera, sirvió de marco para simular la puerta real de la casa de la antigua criada del alcalde.

16 de febrero de 2014

Adela visita a alcalde.

Una vez más el Salón de Plenos del ayuntamiento barcarrotero sirvió de decorado para el rodaje de una escena. En esta ocasión es la visita de Adela al alcalde. En esta escena aparecen Rocío Gómez Casas y Anastasio Ricis Alfonso. También Mercedes Sosa Vaquerizo en el papel de criada.

22 de febrero de 2014

Matanza.

La tradicional matanza anual que la Peña Madridista de Barcarrota realiza, sirvió para aprovechar las imágenes del raspado de un cerdo a la antigua usanza, o sea, con taramas. En el campo cedido por Carmen Silva Casas, y aún no habiendo salido el sol, varios miembros de la referida sociedad madridista aparecen despojando de pelo al animal, siendo estos:

Manuel Jesús Borrego Méndez
Pedro Contreras Narciso
Juan Ángel Correa Prada
Jonathan Gómez Ventura
Damián Hermosa Cáceres
Blas Nogales Díaz
Antonio Romero Merchán.

22 de febrero de 2014

Matanza (mujeres)

El mismo día que lo anterior se grabó la escena donde las mujeres trabajan en una matanza y a la vez conversan. El patio del ya utilizado “El Tinaón” sirvió de fondo a esta charla. Hubo de usarse piezas reales de un cerdo para atrezo. Esto se consiguió gracias a la colaboración de la familia Contador Rivero. En esta escena aparecen las siguientes actrices:

Ángela Aguedo Pallas
Elena Charneco Larios
Manoli Lara Salguero
Toni Mangas Montero
M^a Soterraño Maqueda Reyes
Sole Mesa Montejano
Toni Viera Fernández.

23 de febrero de 2014

Baile.

El *doblao* de “El Tinaón” sirvió para local donde recrear un baile de mediados del siglo pasado. Aquí mujeres charlan, jóvenes bailan y hombres juegan a la Rana. Una orquesta intenta simular a la otrora existente en Barcarrota bautizada como “Los Velascos”. La música pertenece a una obra de Antonio Guzmán Ricis (El Gaditano) y fue originalmente interpretada por los profesores:

Rafael Carrasco González
Antonio José Domínguez Camacho
Blas Meléndez Conde
Israel Sánchez Marcelo.

quienes levemente desafinaron buscando el sonido de una orquesta no profesional de la época, no dudando nunca por ello, de la valía y profesionalidad de los hermanos Velasco.

Los músicos que simulan tocar este pasodoble son:

Rafael Antonio López Cáceres
Manuel Alejandro Rubio Rodríguez
Manuel Jesús Serrano Álvarez de Luna
Pedro Javier Torrado Pinilla.

Los personajes de las mujeres que no dejaban *títire con cabeza* durante el baile fueron interpretados por:

M^a Cándida Alzas Trejo

Rosa Franco Saavedra
Consuelo Haut Pérez
Emilia López Martín
Pilar Redondo Álvarez
M^a del Soterraño Triguero Llera.
siendo las parejas de jóvenes que bailaban las interpretadas por los siguientes:
Pablo Barrera Sánchez
José Manuel Cacho Águedo
Fernando Cardoso Lozano
Aarón Díaz Rosado
Sara Gallego Rodríguez
José Alberto Gago Martínez
Carmen García González
Laura Hernández Lozano
Isabel Huertas Pérez
Cristina Pérez Torres
José Miguel Vinagre Pinilla
Dolores Zahinos Contador
Y los hombres que jugaban a la Rana:
Antonio Fernández García
Juan Ramón Reyes Triguero
Manuel Vinagre Carrasco.
El papel de la dueña del local fue realizado por Yolanda Alzás Domínguez.

10 de marzo de 2014

Disparo.

La casa situada en la calle Vargas propiedad de M^a Ángeles Gil Hernández, en uno de los balcones situados en la calle Hernando de Soto, fue el utilizado para el disparo que hace el amante de Adela. La luz necesaria para ello fue cedida por la tienda que está enfrente de dicho balcón. Ultramarinos Chiqui. Daniel Vinagre Pinilla es el único personaje que aparece en dicha escena.

16 de marzo de 2014

Adela y Juan en el camino.

A la vuelta de los carboneros de su trabajo, Juan se encuentra con Adela. Se rodó en un camino cercano a la Sierra de Santa María. Varios personajes aparecen en esta campestre escena, siendo, además de Rocio Gómez Casas y Abel Pérez Lara, los siguientes:

Manuel Alzás Sanjuán
Juan Manuel Núñez González
José Antonio Pérez Torres
José Fernando Torres Gallego
José Torres Navarrete
Daniel Vinagre Pinilla
Francisco José Vinagre Torres.

29 de marzo de 2014

Casino.

La mañana de este día, en el Círculo de la Fraternidad de Barcarrota, se grabó esta escena donde participaron:

Carmen Almansa Repollés
María Amado Vergara
Agustín Blanco Guerrero
Lucía Gil Vega
Rocío Gómez Casas
José Antonio Pérez González
Francisco Pérez Trejo
José Ignacio Rodríguez Hermosell
Isabel Romero Merchán
Pilar Torres García
Antonio Alonso Torres Martínez
Isabel M^a Triguero Llera
y las niñas
Olivia Rodríguez Ariza
Valeria Rodríguez Ariza.

8 de abril de 2014

Monjas.

El actual establecimiento hotelero *Parador de Santiago*, antiguamente colegio gestionado por las monjas del Rebaño de María, en concreto su ornamentado patio central, fue el lugar elegido para dar credibilidad histórica a esta escena. En ella aparecen, interpretando a las monjas:

Pilar Casas Maqueda
Josefa Díaz Gordillo
María García Blanco
M^a Carmen Macarro Vázquez
M^a Sol Mangas Montero
Melí Rodríguez Conejo
Josefa Romo Cruz
Puri Rosado Villa

Y las niñas que aprendían distintas labores, fueron:

Desire Alonso Palacio
Eva Berrocal Sánchez
Lucía Durán Guerrero
Nerea García González
Alba García Núñez
Inmaculada Hernández Sánchez
Lourdes Hernández Sánchez
Nerea Herrera Balsera
M^a Puri Laso Mangas
Ana Lozano Cardoso
Sheila Márquez Torvisco
María Martín Moreno
Clara Isabel Rubio Triguero
María Sierra Cacho
Lorena Torvisco Mesa
Rebeca Vaquerizo Gómez
Rocío Vclasco Montero.

Para finalizar detallar que la mujer que ejercía el papel de ayudante en el colegio era Isabel Vinagre Escudero y la pobre que llegaba a pedir era Pilar Gordillo Gutiérrez. A

ésta última le acompañaban los niños Lourdes Casado Gordillo y Sergio Contador Gordillo.

15 de abril de 2014

Elisa niña y madre.

De nuevo, en el cortijo de *Las Santiagas*, de la familia Reynold Puebla, se grabó esta parte inicial de la película. En ella aparecen M^a José Jaramago Lanchazo y la niña Eva Silva Tanco. También, interpretando los papeles de la abuela y la criada, salen a escena, respectivamente, Joaquina Domínguez Falcón y M^a. Concepción Rodríguez Ferrera.

17 de abril de 2014

Niños jugando en el campo.

Al inicio de la escena donde Elisa va a visitar a Adela en el molino, ésta pasa por un grupo de niños donde uno de ellos cuenta una intrigante historia de brujas. Además de Carmen Albarca Sánchez, forman parte de esta escena los niños:

José Antonio del Río Rodríguez

Rafael López Ríos

Luis Mangas Torres

Alberto Maqueda Gómez

Alejandro Maqueda Gómez

Alberto Vinagre Blanco

Lucas Zafra Mangas.

Fue grabada esta escena en el molino de *Las Lanchas*, cedido gentilmente por Emilio Martínez Batanete, dueño de dicho conocido enclave.

27 de abril de 2014

Elisa e hija.

Tres escenas distintas, que luego irían apareciendo a lo largo de la película, se grabaron la mañana de este día en el cortijo de *Las Santiagas*. En ellas aparecen Carmen Albarca Sánchez y Sheila Zafra Mangas.

3 de mayo de 2014

Encuentro Adela/Raposo.

En la finca *El Romanito* y en un *tinaón* en ella existente, propiedad de Dolores García Rubio, se grabó, la mañana de ese día, esta escena. En ella aparecen Rocío Gómez Casas y Daniel Vinagre Pinilla, este último en el papel del *Raposo*. Las gallinas eran propiedad de Ángel Puente Rodríguez. A cada uno lo suyo.

8 de mayo de 2014

Entierro de Clara

La ermita de la Soledad, cedida gracias al párroco Francisco Gallego Bélmez y con la necesaria colaboración de Agustín Blanco Guerrero, fue el lugar donde se recogieron las imágenes del entierro de Clara, la hija del alcalde. La calle Jerez de Barcarrota, posteriormente, acogería la comitiva del mismo. Y, en la casa del párroco antes referido, se grabó la escena desde donde la niña Elisa contempla pasar el entierro.

En estas escenas, además de Marta Palomo Jaramago y de la niña Eva Silva Tanco, aparecen las siguientes personas:

Ángela Águedo Pallas

Fernando Benegas Hinchado

Agustín Blanco Guerrero

Dolores Carvajal Galván
Mª Carmen Carvajal Galván
David Casas Erdozain
Elena Charneco Larios
Raúl Cerdón Carvajal
Josefa Domínguez Domínguez
Joaquina Domínguez Falcón
Ignacio Duran Méndez
José Antonio Escudero Fernández
Luis Alberto Ferrera Cacho
Maribel Ferrera Ramírez
Mª Carmen Franco Torres
María García Blanco
Mª Carmen Gómez Borrachero
Rosa Mª Gómez Bueno
Carmelo González Morales
Angela Guerra Guerrero
Pedro Antonio Iglesias Castillo
Mª Carmen Macarro Vázquez
Rosario Macías Zafra
Mª Cándida Martínez Matamoros
Sole Mesa Montejano
José Ignacio Murillo Serrano
Juan Manuel Núñez González
José Antonio Pérez Torres
Maribel Pinilla Montero
Iván Pociño Benavides
Antonio Puente Palo
Mª. Concepción Rodríguez Ferrera
Carmen Rodríguez Palomo
Fco. Manuel Romero Carrasco
Isabel Romero Merchán
Mª del Soterraño Triguero Llera
Toni Viera Fernández
Daniel Vinagre Pinilla.

31 de mayo de 2014

Tienda.

El Museo Etnográfico Extremeño "González Santana" de Olivenza fue el lugar donde se grabó esta breve escena. En concreto en la recreación de una antigua tienda de alimentación que allí existe. En esta ocasión aparecen en pantalla:

Isabel Lorigo Marín
Manoli Martín Hernández
Mª Dolores Sosa Gallego y
Sheila Zafra Mangas.

15 de junio de 2014

Campanas.

El doblar de las campanas, símbolo alegre de la resolución de la trama de la película, se grabó en una de las puertas de la iglesia de Ntra. Sra. del Soterraño de Barcarota. De dicho santuario salen las jóvenes:

Esperanza Contador Pérez
Cristina del Río Rodríguez
M^a José Palomo Jaramago
Inés Pluma Jaramago.

15 de junio de 2014

“El Burro”.

La tarde del mismo día que la escena anterior se grabó este juego de niños. “El Burro”, en la calle Hernando de Soto, en concreto en la fachada de la casa de Magdalena Gómez Jaime. En ella, además de la tendera, Manoli Martín Hernández, se ve a los niños:

Luis Alzás Gutiérrez
José Antonio Berrocal Sánchez
Sergio Domínguez Pérez
Alejandro García González
Jorge García González
Alejandro González García
Mario González González
Jesús Vázquez Pérez
Alejandro Vinagre Pinilla.

20 de junio de 2014

Corcheros.

En la huerta “El Sacho”, propiedad de Arturo Hernández Vázquez, se grabó esta pintoresca escena. En ella participan, sacando el corcho de los alcomioques:

David Alzás Domínguez
Antonio Julián Haut Torres
Ramón Pérez Cardoso
Antonio Sánchez Marín.

21 de junio

Molino.

Dos escenas se grabaron este día en el molino cedido por Juan Francisco Nogales Muñoz y existente en la vecina localidad de Almendral: la visita de la hija de Adela a sus padres y la conversación entre Elisa y Adela mayores. En dichas escenas podemos ver a:

Vicenta Águedo Galván
José Joaquín Alzás Casas
Mario Cacho Águedo
Toni Jaramago Lanchazo.

22 de junio

Llegada del coche.

Un lujoso coche, Fiat Balilla, del año 1932 y propiedad de Juan Francisco Torres Carvajal, sirvió esta mañana de acompañamiento a las escenas grabadas. Varios niños y niñas juegan a “Zapatilla, lindilla, lindazo” y a los “Cromos” a la salida del arco de la Plaza de Santiago. Más tarde, el coche, en cuyo interior van Isabel M^a Triguero Llera y

Lucía Gil Vega, llegará al Casino de Barcarrota. Los niños que en la calle podemos ver son:

Elena Alzás Gómez

Jesús Fernando Casado Gordillo

Jesús Gordillo Contreras

Pablo López Ríos

Elisa Pérez Pinilla

Álvaro Pérez Rodríguez

Miguel Antonio Pérez Pinilla

Francisco Romero Pedroso

Mario Rubio Hernández

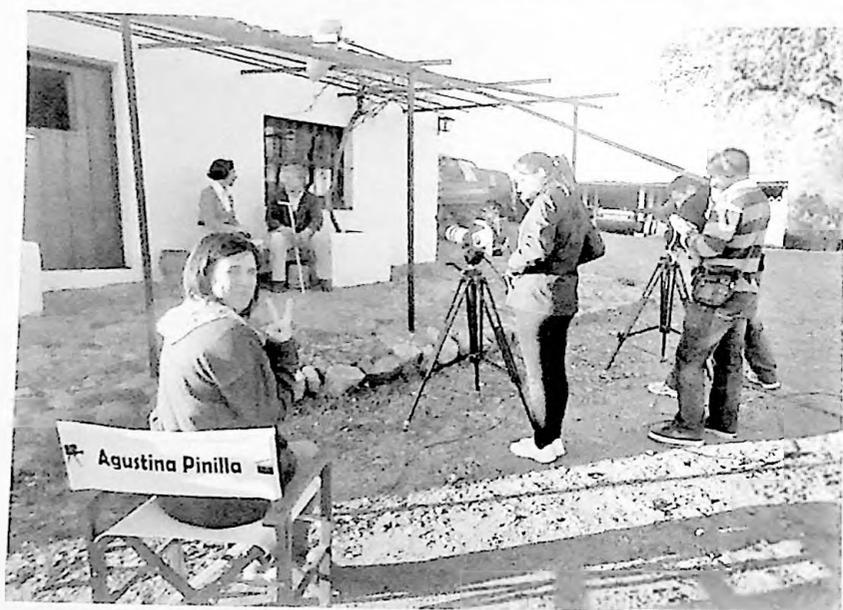
David Torvisco Alzás.

**Lamentamos y solicitamos anticipadas disculpas por la existencia de cualquier posible error en cuanto a ausencias o equivocaciones en nombres y/o apellidos de las personas aquí mencionadas.*

GALERÍA FOTOGRÁFICA

Fotografías de la grabación de algunas de las escenas de la película “La hija del Alcalde”.

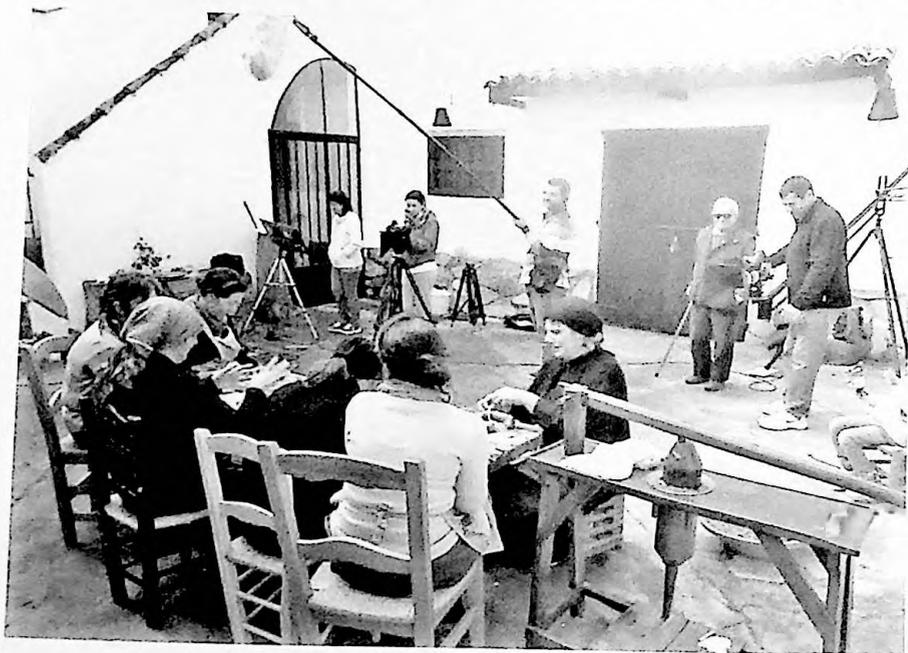








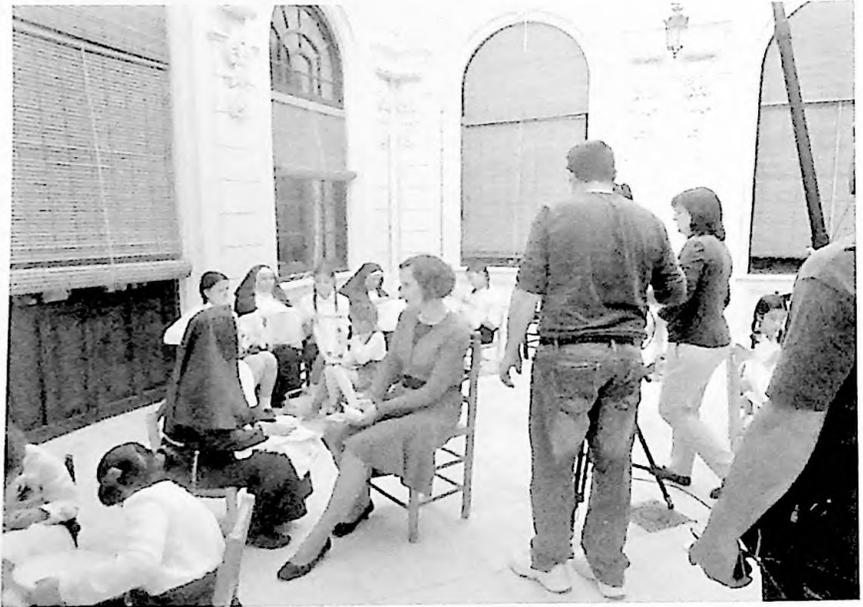






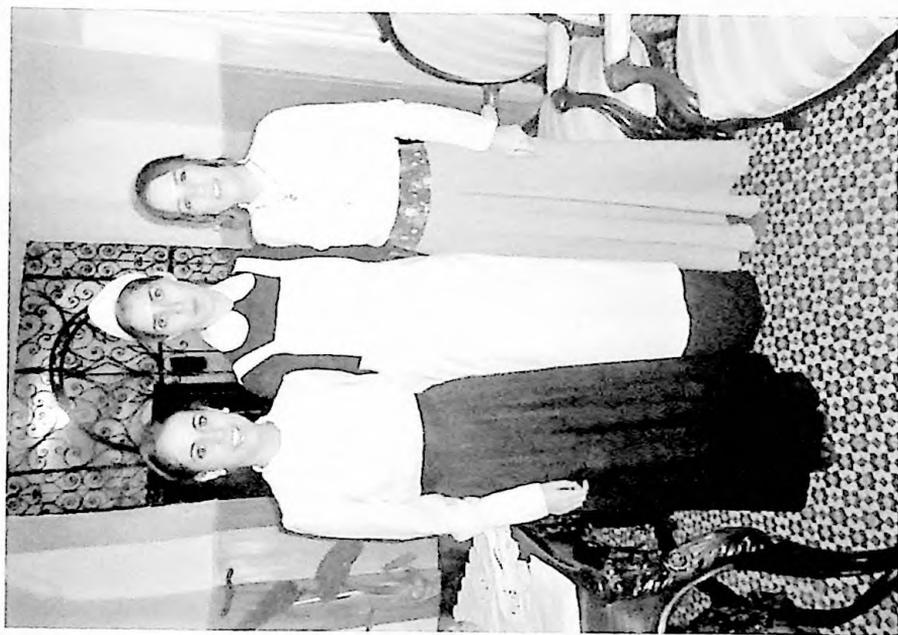












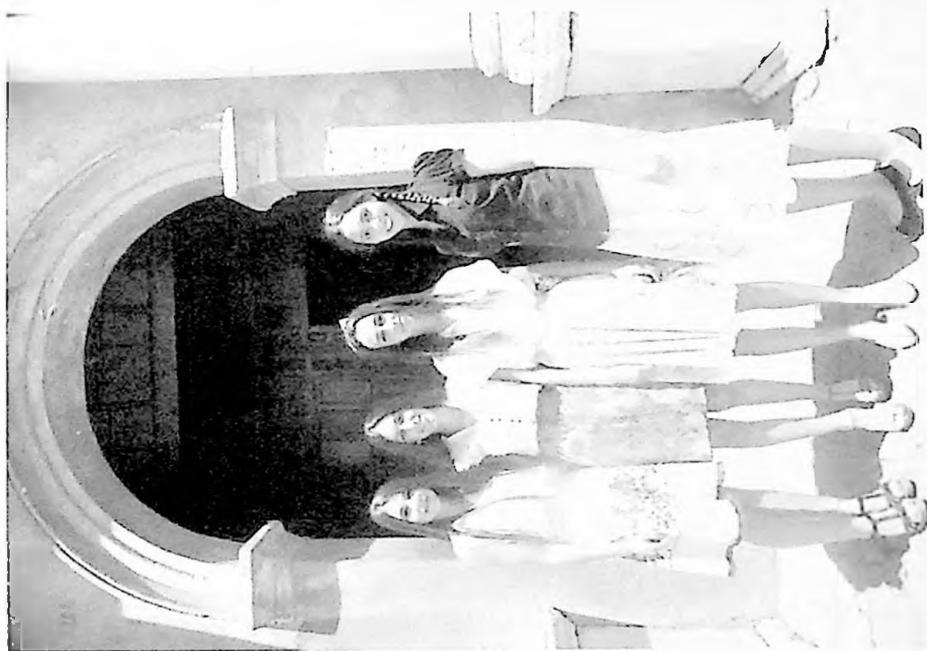
















CRÉDITOS

Las personas y entidades que figuran a continuación son las que han hecho posible que el libro que tiene ahora en la mano haya podido ser transformado en la película “La hija del Alcalde”.

ACTORES/ACTRICES

Participantes en la película "La hija del Alcalde".

Vicenta Águedo Galván
Ángela Águedo Pallas
Carmen Almansa Repollés
Desire Alonso Palacio
José Joaquín Alzás Casas
Manuel Alzás Casas
David Alzás Domínguez
Yolanda Alzás Domínguez
Elena Alzás Gómez
Luis Alzás Gutiérrez
Manuel Alzás Sanjuán
M^a Cándida Alzás Trejo
María Amado Vergara
José Carlos Ballesteros López
Pablo Barrera Sánchez
Fernando Benegas Hinchado
Eva Berrocal Sánchez
José Antonio Berrocal Sánchez
Agustín Blanco Guerrero
Pablo Borrachero Rodríguez
Manuel Jesús Borrego Méndez
José Manuel Cacho Águedo
Mario Cacho Águedo
Fernando Cardoso Lozano
Luis Ángel Carretero Díaz
Dolores Carvajal Galván
M^a Carmen Carvajal Galván
José Fernando Casado Gordillo
Lourdes Casado Gordillo
David Casas Erdozain
Pilar Casas Maqueda
Elena Charneco Larios
Sergio Contador Gordillo
Esperanza Contador Pérez
Pedro Contreras Narciso
Francisco Ramón Cordero Lozano
Raúl Cordon Carvajal
Juan Ángel Correa Prada
Carlos del Río Pluma
Cristina del Río Rodríguez
José Antonio del Río Rodríguez
Josefa Díaz Gordillo
Aarón Díaz Rosado
Josefa Domínguez Domínguez
Joaquina Domínguez Falcón
Sergio Domínguez Pérez
Lucía Durán Guerrero

Ignacio Durán Méndez
José Antonio Escudero Fernández
José Manuel Esteban Flores
Antonio Fernández García
Luis Alberto Ferrera Cacho
Maribel Ferrera Ramírez
Rosa Franco Saavedra
M^a Carmen Franco Torres
José Alberto Gago Martínez
Sara Gallego Rodríguez
Alberto Gañán González
María García Blanco
Alejandro García González
Carmen García González
Jorge García González
Nerea García González
Alba García Núñez
Francisco Javier García Reija
Julio Jorge García Sanz
Lucía Gil Vega
M^a Carmen Gómez Borrachero
Rosa M^a Gómez Bueno
Jonathan Gómez Ventura
Alejandro González García
Mario González González
Carmelo González Morales
Jesús Gordillo Contreras
Pilar Gordillo Gutiérrez
Ángela Guerra Guerrero
Consuelo Haut Pérez
Antonio Julián Haut Torres
Damián Hermosa Cáceres
Laura Hernández Lozano
Inmaculada Hernández Sánchez
Lourdes Hernández Sánchez
Nerea Herrera Balsera
Isabel Huertas Pérez
Pedro Antonio Iglesias Castillo
M^a José Jaramago Lanchazo
Toni Jaramago Lanchazo
Teresa Lara Borrachero
Alberto Lara Correa
Manoli Lara Salguero
M^a Puri Laso Mangas
Rafael Antonio López Cáceres
Emilia López Martín
Pablo López Ríos
Rafael López Ríos
Isabel Lorido Marín
Ana Lozano Cardoso

M^a Carmen Macarro Vázquez
Rosario Macías Zafra
M^a Sol Mangas Montero
Toni Mangas Montero
Luis Mangas Torres
Alberto Maqueda Gómez
Alejandro Maqueda Gómez
M^a Soterraño Maqueda Reyes
Sheila Márquez Torvisco
Manoli Martín Hernández
María Martín Moreno
M^a Cándida Martínez Matamoros
Sole Mesa Montejano
José Ignacio Murillo Serrano
Blas Nogales Díaz
Juan Manuel Núñez González
M^a José Palomo Jaramago
Jesús Pérez Benavides
Ramón Pérez Cardoso
José Antonio Pérez González
Elisa Pérez Pinilla
Miguel Antonio Pérez Pinilla
Álvaro Pérez Rodríguez
Cristina Pérez Torres
José Antonio Pérez Torres
Francisco Pérez Trejo
M^a Isabel Pinilla Montero
Inés Pluma Jaramago
Iván Pociño Benavides
Antonio Puente Palo
Ángel Puente Rodríguez
Pilar Redondo Álvarez
Álvaro Real Isaac
Juan Ramón Reyes Triguero
José Luis Reynolds Puebla
Olivia Rodríguez Ariza
Valeria Rodríguez Ariza
Meli Rodríguez Conejo
José Ignacio Rodríguez Hermosell
Carmen Rodríguez Palomo
Fco. Manuel Romero Carrasco
Antonio Romero Merchán
Isabel Romero Merchán
Francisco Romero Pedroso
Josefa Romo Cruz
Puri Rosado Villa
Mario Rubio Hernández
Manuel Alejandro Rubio Rodríguez
Clara Isabel Rubio Triguero
Antonio Sánchez Marín

Jesús Sayago López
Manuel Jesús Serrano Álvarez de Luna
María Sierra Cacho
Eva Silva Tanco
M^a Dolores Sosa Gallego
Mercedes Sosa Vaquerizo
José Fernando Torres Gallego
Pilar Torres García
Antonio Alonso Torres Martínez
José Torres Navarrete
Pedro Javier Torrado Pinilla
David Torvisco Alzás
Lorena Torvisco Mesa
Isabel M^a Triguero Llera
M^a del Soterraño Triguero Llera
Rebeca Vaquerizo Gómez
Jesús Vázquez Pérez
Rocío Velasco Montero
Toni Viera Fernández
Alberto Vinagre Blanco
Manuel Vinagre Carrasco
Isabel Vinagre Escudero
Alejandro Vinagre Pinilla
Daniel Vinagre Pinilla
José Miguel Vinagre Pinilla
Francisco José Vinagre Torres
Lucas Zafra Mangas
Sheila Zafra Mangas
Dolores Zahinos Contador
Wenceslao Zahinos Contador

Por supuesto:

Alejandro López Ferrera
Marta Palomo Jaramago
Abel Pérez Lara
Anastasio Ricis Alfonso
M^a Concepción Rodríguez Ferrera

y

Carmen Albarca Sánchez
Rocío Gómez Casas

AGRADECIMIENTOS

Manuel Alzas Casas
M^a Cándida Alzás Trejo
José Barquero Corrales
Familia Barrena Sánchez
José A. Berrocal García
Agustín Blanco Guerrero
Luis Canchado Reyes
Rafael Carrasco González
José Antonio Carrasco Regalado
Círculo de la Fraternidad
Familia Contador Rivero
Carmen Delgado de la Cruz
Alberto Díaz Cáceres
Antonio José Domínguez Camacho
Ignacio Durán Méndez
Familia Fernández Prats
Francisco Gallego Bélmez
Francisco José García Acero
Dolores García Rubio
Fernanda Gervás Pavón
M^a Angeles Gil Hernández
Magdalena Gómez Jaime
José Luis González Morales
José Guerra Sánchez
Arturo Hernández Vázquez
Maria Huertas Pérez
Teresa Lara Borrachero
Hogar de Mayores de Barcarrota
Emilio Martínez Batanete
Blas Meléndez Conde
Museo Etnográfico "González Santana"
(Olivenza)
Antonio M^a Pérez Gutiérrez
Familia Reynolds Puebla
Cooperativa San Mauro (Almendral)
Familia Sanz Cuevas
Israel Sánchez Marcelo
Luis Manuel Sayago Espinosa
Carmen Silva Casas
Juan Francisco Torres Carbajal
Parador de Santiago
Peña Madridista de Barcarrota
Ultramarinos Chiqui
Miguel Ángel Vallecillo Teodoro
Wenceslao Zahinos Contador

MÚSICA

-*Pasacalles y alborada*
Adarve

-*La notte. Op. 10, n.º 2*

Antonio Vivaldi

-*Romance de la pobre Adela* (Popular/Valdequemao)

Valdequemao Folk

-*El Gaditano*

Antonio Guzmán Ricis

(Rafael Carrasco/Antonio J. Domínguez/Blas Meléndez/Israel Sánchez)

-*Himno a la Santísima Virgen del Soterraño*

(Tradicional/Rafael Carrasco)

Coral Barcarroteña "José Antonio Hernández"

-*Don Petiongo*

(Popular/Israel Sánchez Marcelo)

Planeta Suroeste

-*Cucú*

Planeta Suroeste

-*Preludio (El Ocaso de un Dios)*

(Victor Bielsa)

Eternity

-*Por fin en paz*

(Victor Bielsa)

Eternity

-*Padrenuestro*

(José Miguel Serrano/Coro La Albarca/Inter: Joaquín Piriz Casas)

Coro La Albarca

-*La muerte de Ase*

(Edvard Hagerup)

-*Espérame en el cielo*

(Francisco López Vidal. Inter: Antonio Machin)

DISEÑO GRÁFICO

José Torres Navarrete

ASESOR MUSICAL

José Miguel Serrano Domínguez / Manuel León Sosa

TÉCNICO DE SONIDO

Manuel Puente Rodríguez

CÁMARAS

Sara Puente Gómez

DIRECCIÓN TÉCNICA Y MONTAJE

Antonio Puente Rodríguez

GUIÓN Y DIRECCIÓN

Agustina Pinilla Montero y Francisco Joaquín Pérez González

**Lamentamos y solicitamos anticipadas disculpas por la existencia de cualquier posible error en cuanto a ausencias o equivocaciones en nombres y/o apellidos de las personas aquí mencionadas.*

En el interior de este trabajo podrá encontrar, el amable lector y espectador, el texto y la película de una intrigante historia, continuación de la tradicional leyenda barcarroteña "La cruz del Altozano".

Rodeada de multitud de pintorescas escenas costumbristas, las que intentan retratar fielmente una época –mediados del siglo XX extremeño-, la historia va introduciendo al lector/espectador en un misterioso recorrido por los imaginarios hechos acaecidos alrededor del asesinato de la hija del alcalde de Barcarrota.

Un inesperado final y un emotivo colofón harán de este trabajo, seguramente, una delicia para los sentidos.



**GRATIS, EN EL INTERIOR, LA PELÍCULA
"LA HIJA DEL ALCALDE"**

EDITA

